



Seguir a Jesús, nuestro hermano mayor.

Hermano Hervé Zamor, Superior General

HERMANOS MENESIANOS

ÍNDICE

Introducción.	3
Capítulo I. Hermanos de nuestro Hermano mayor.	5
1- Ascender a la montaña.	5
2- Levantar tres tiendas.	9
2.1- La tienda para Jesús.	9
2.2- La tienda para Moisés.	11
2.3- La tienda para Elías.	13
3- Escuchar al Hijo bienamado.	15
3.1- La nube.	15
3.2- La voz que se hace oír.	16
3.3- La escucha.	16
4- Bajar de la montaña.	19
4.1- Servir como Él.	20
4.2- Crear puentes como Él.	21
4.3- Cargar con la cruz e ir en su seguimiento.	23
Capítulo II. Hermanos de nuestros Hermanos de comunidad.	27
1- Llamados por Cristo.	27
2- Reunidos en torno al Maestro.	31
3- Congregados para estar con el Señor.	35
3.1- Cultivar el silencio interior.	37
3.2- Cuidar la oración personal.	38
3.3- Cuidar la Eucaristía.	39
3.4- Formarnos.	39
4- Congregados para vivir como hermanos.	39
4.1- La lengua de la compasión.	40
4.2- La lengua de las bienaventuranzas.	41
4.3- La lengua de las relaciones.	42
4.4- La lengua del amor fraterno.	44
4.5- La lengua del carisma menesiano.	45
Capítulo. III Hermanos de todos.	47
1- Delante de Él.	47
1.1- Ir juntos.	48
1.2- Ir delante del Señor.	48
2- Como corderos.	50
3- ¡Paz a esta casa!	54
3.1- Compartir el pan y el agua.	55
3.2- La cercanía que da seguridad.	56
3.3- La capacidad de establecernos en casa de otro.	56
4- Curar a los enfermos.	58
Conclusión.	63

INTRODUCCIÓN.

¡Peregrinos por el camino de la vida fraterna! Este lema, propuesto por el Gobierno General de la Congregación al conjunto del Instituto para el año 2025/2026, tiene un triple enraizamiento. El término **“peregrino”** está sacado del *leitmotiv* del Jubileo 2025: *Peregrinos de esperanza*. El término **“camino”** nos remite al Sínodo, a la sinodalidad, que se ha celebrada en dos sesiones: una en octubre de 2021 y otra en octubre de 2024. La noción de **“vida fraterna”** nos sitúa en el marco de profundización del capítulo 6 de nuestra Regla de Vida. Año Santo, Sínodo sobre la sinodalidad y nuestra Regla de Vida son nuevas oportunidades ofrecidas por este tema del año para **“seguir a Jesús, nuestro hermano mayor”** y para ser **“Hermanos en camino.”**

Esta Circular ***Seguir a Jesús, nuestro Hermano mayor*** no quiere volver a entrar en el rico contenido - siempre de actualidad - de los escritos de mis predecesores¹ sobre el tema de la vida fraterna en comunidad. Tampoco volverá a tratar sobre lo que ya he escrito a este respecto en la **Circular 316**. Quiere, únicamente, animarnos a todos a *“ponernos al servicio los unos de los otros en la vida diaria, para cuidarnos mutuamente y para construir cada día una verdadera fraternidad”*². Concretamente, nos compromete a vivir cada día, nuestra vocación que consiste en *“ser hermanos de Cristo, profundamente unidos a Él “el mayor de una multitud de hermanos” (Rm 8,29); hermanos entre nosotros, con amor mutuo y cooperando en el mismo servicio, para bien de toda la Iglesia; hermanos de todo hombre por el testimonio de la caridad de Cristo hacia todos, especialmente hacia los más pequeños y los más necesitados hermanos para una mayor fraternidad en la Iglesia”*³.

¹ H. Bernard Gaudeul: circular 281; H. José Antonio Obeso: circular 290 y H. Yannick Houssay: circular 301.

² Capítulo General 2024, n° 21.1.

³ Papa Juan Pablo II, Vita Consecrata, n° 60.

“Todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8) tal es nuestra gracia, nuestra vocación y nuestra misión. Para ser fieles a ella estamos invitados cada día más, a ser:

- Hermanos de nuestro Hermano mayor,
- Hermanos de nuestros Hermanos de comunidad y de los Laicos de la Familia Menesiana,
- Hermanos de todos.

Estos tres aspectos importantes y complementarios constituirán el hilo conductor de esta reflexión.

Esta Circular se dirige principalmente a los Hermanos. Pero los Laicos Menesianos están también invitados a leerla. También puede ayudarles a comprender mejor su vocación a la fraternidad por una parte y por otra a descubrir la importancia de compartir camino con los Hermanos para construir una Familia Menesiana fraterna, alegre y acogedora de todos y atenta a los más pobres. Profundizar juntos este tema ¿no es una bonita manera de tejer lazos de fraternidad y de reforzar con ello, nuestro sentido de pertenencia? Magnífica experiencia sinodal que nos enseñará a *“prestarnos mutuo apoyo y cumplir con su obra”*.

Deseo vivamente que esta Circular sea leída, primero personalmente, luego en comunidad, en grupo o en fraternidad menesiana local. Ofrece así la posibilidad de disponer, al menos, de **doce** momentos de intercambio y de encuentro a lo largo del año, es decir cuatro por capítulo. **¡Qué hermosa oportunidad para ponernos —Hermanos y Laicos de la Familia Menesiana—, en camino!** Aprender a formarnos juntos, una verdadera escuela de fraternidad.

¡Ojalá que todos podamos *“seguir a Jesús, nuestro hermano mayor”*! Él es el Camino, la Verdad y la Vida de nuestra vocación y de nuestra misión en la fraternidad (Jn 14,6). Sin Él no podemos hacer nada. (Jn 15,5) Sin Él, construimos nuestra vida fraterna en comunidad, sobre la arena de nuestras emociones o de nuestros individualismos (Mt 7, 21-27). Sin Él, no somos más que una asociación benéfica de voluntarios o peor aún, un grupo de “viejos mozos” de buena voluntad o de solterones empedernidos.

CAPÍTULO I.

HERMANOS DE NUESTRO HERMANO MAYOR.

Este primer aspecto de nuestra vocación y de nuestra misión de fraternidad, la profundizaremos apoyándonos en el icono bíblico de **la Transfiguración** (Mc. 9, 2-10). Se trata de una experiencia de fraternidad que Jesús les propone a tres de sus Apóstoles. A Pedro, el cabeza de los Doce y a los dos hijos de Zebedeo: Santiago y Juan. Los tres juntos se ponen en camino hacia la montaña y juntos contemplan a Jesús transfigurado. El texto de Marcos nos presenta finalmente la experiencia de fraternidad como una ascensión, un itinerario de formación en el que los diferentes actores se comprometen:

- Jesús invita a los tres apóstoles a subir a la montaña con Él.
- Pedro quiere levantar tres tiendas.
- El Padre, en presencia del Espíritu Santo, simbolizado por la nube, les pide que escuchen a su Hijo bienamado.
- Pedro, Santiago y Juan bajan de la montaña siguiendo más de cerca a Jesús, su Hermano mayor.

Aquí tenemos un auténtico camino de formación y de compromiso para nuestro día a día, para nosotros que somos peregrinos por el camino de la fraternidad y que queremos ser hermanos de Cristo, profundamente unidos a Él ***“el mayor de una multitud de hermanos”*** (Rm 8,29).

1- Ascender a la montaña.

“Seis días después, Jesús se fue a un monte alto, llevando con él solamente a Pedro, Santiago y Juan. Allí, en presencia de ellos, cambió la apariencia de Jesús. Sus ropas se volvieron brillantes y blancas, como nadie podría dejarlas por mucho que las lavara. Y vieron a Elías y Moisés, que conversaban con Jesús. (Mc 9, 2-4)

Ascender a la montaña: se trata, ante todo, de una peregrinación interior, que consiste en ascender para parecerse más a Jesús, nuestro

Hermano mayor. Para ello, como ya lo hizo antes con Pedro, Santiago y Juan, Jesús nos conduce a la soledad de una alta montaña. Y allí se transfigura: *“sus vestidos que se volvieron resplandecientes, con una blancura tal que nadie sobre la tierra había visto antes”*, nos remarca el evangelista Marcos.

Llamativa pedagogía la del Maestro, para educar a sus discípulos en la vida fraterna. No dice nada, sino que hace gestos: los lleva con Él y les conduce a la soledad. Una escena fácil de imaginar. Se dirige a Pedro, a Santiago y a Juan y se pone en camino con ellos. Va a una montaña alta y probablemente es Él quien abre la marcha.

Pedro, Santiago y Juan viven los tres la misma experiencia. Contemplan a Cristo transfigurado, comparten su belleza y participan con Él en su gloria, Con ello Jesús les ofrece como regalo su tesoro más valioso: su intimidad filial con el Padre. Es para nosotros una llamada a colocar a Cristo Transfigurado, a la vez que resplandeciente por el amor del Padre, en el centro de nuestra vida fraterna en comunidad. Ésa es nuestra primera vocación y nuestra misión. Cuanto más aprendamos a contemplar a Jesús junto al Padre y al Espíritu Santo tanto más nos convertiremos en su Hermano y en hermanos entre nosotros.

Al lado de Jesús se hallan Moisés y Elías. En la tradición carmelitana, Moisés encarna al creyente que acepta la misión que el Señor le confía, a pesar de sus reticencias y sus fragilidades personales. Su disponibilidad expresada ante la zarza ardiendo (Ex 3,4) a pesar de sus objeciones por no saber hablar (Ex 4, 10-12) y sus miedos a no ser escuchado (Ex 4,1), se convierte en un modelo de obediencia humilde. Elías, dentro de la misma tradición, es el profeta itinerante, sin morada fija, dependiente enteramente de la Providencia. Los relatos en los que nos cuentan que era alimentado por los cuervos en el torrente de Kéirith (1 R 17,6), y luego por la viuda de Sarepta (1 R 17,8-16) le convierten en el prototipo del pobre de Yavhé que vive con una confianza total. La luz que emana de Cristo y que comparten Moisés y Elías, pone de relieve la relación transparente y casta que existe entre el Padre y el Hijo a la luz del Espíritu Santo. De esta manera, el misterio de la Transfiguración nos traslada a los cimientos de nuestra vida consagrada. Cuanto más nos esforcemos en imitar la obediencia de Moisés, el espíritu de pobreza del profeta Elías y la castidad de Cristo, mejor aprenderemos a vivir una vida fraterna transfigurada, es decir más próxima y más conforme con *“el amor infinito que une a las tres Personas divinas en el profundo misterio de la vida trinitaria”*⁴. Dicho de otro modo:

⁴ Papa Juan Pablo II, Vita Consecrata, nº 21.

“La vida fraterna confiesa al Padre, que quiere hacer de todos, una sola familia que confiese al Hijo encarnado que una a los rescatados en la unidad, señalando el camino con su ejemplo, su oración, sus palabras y sobre todo, con su muerte, fuente de reconciliación para los hombres divididos y dispersos; confiesa al Espíritu Santo como principio de unidad en la Iglesia en la que no cesa de suscitar familias espirituales y comunidades fraternas.”⁵

En el camino de la construcción de una fraternidad que sea reflejo de la comunión que se vive en el seno de la Trinidad, la contemplación de Cristo transfigurado transforma progresivamente nuestra mirada y nos enseña a mirar a nuestras hermanas y hermanos con los ojos del Señor. En efecto, bien sabemos que la manera de mirar al otro en comunidad puede contribuir a construir o a destruir nuestra vida fraterna. Nuestra mirada ¿une o separa? Numerosos pasajes del evangelio subrayan la calidad de la mirada de Jesús: mira al hombre rico con un corazón pleno de atención por él (Mc 10,21). Ve a la multitud y se llena de compasión porque eran “como ovejas sin pastor” (Mt, 9, 36). Atento, resalta una buena acción sencilla que hubiera pasado desapercibida: las dos moneditas de la viuda pobre (Lc 21, 2). Se queda maravillado ante la fe confiada del centurión (Mt 8, 10) ... *Qué hermoso es saber que si los demás ignoran nuestras buenas intenciones o las cosas positivas que podemos hacer, a Jesús no se le escapan, y hasta se admira.*⁶ La gracia de la admiración y de la mirada positiva, compasiva y atenta, es fruto de la contemplación del Cristo transfigurado que nos hace parecernos más a Él, nuestro Hermano mayor.

El evangelista Marcos observa que, Moisés y Elías estaban hablando con Jesús, pero no dice nada de qué hablaban. En realidad, cuando existe un verdadero diálogo, entre la obediencia simbolizada por Moisés, el espíritu de pobreza encarnado del profeta Elías y la castidad expresada por el Cristo transfigurado, la comunidad vive en transparencia, en el compartir y en la escucha mutua. Por el contrario, cuando hay alguna grieta en la vivencia de alguno de estos valores, la vida comunitaria vacila, cojea y puede convertirse en un lugar de contratestimonio. Así que cuando no somos verdaderamente fieles a nuestros votos, el apoyo mutuo se resquebraja profundamente. Todo esto no contribuye a reforzar los lazos fraternos entre

⁵ Papa Juan Pablo II, Vita Consecrata, nº 21.

⁶ Papa Francisco, Dilexit nos, Él nos amó primero, nº 41.

los miembros de la comunidad, de la Provincia o del Distrito. Es un síntoma inequívoco de que nuestra vida consagrada envejece mal: vivimos *“un seguimiento sin renunciaciones, una oración sin encuentro, una vida fraterna sin comunión, una obediencia sin confianza y una caridad que no mira a la transcendencia”*⁷. Únicamente la contemplación del Cristo Transfigurado nos podrá ayudar a mantener un diálogo permanente entre nuestro voto de obediencia, el de castidad y el de pobreza y a vivir nuestra consagración de manera transparente y creíble.

Nuestra Nueva Regla de Vida ha puesto muy en evidencia la unión entre nuestra consagración y nuestra vida fraterna en comunidad:

*“- por la obediencia, que es búsqueda de la voluntad de Dios, los Hermanos se reúnen en torno a un proyecto común, en el respeto de cada persona y en la diversidad de sus dones;
- por la castidad, que incrementa la capacidad de amar, los Hermanos viven plenamente las relaciones comunitarias y la disponibilidad para el servicio;
- por la pobreza, que implica un estilo de vida sobrio y sencillo, los Hermanos comparten sus bienes y talentos para vivir en comunión”* (RV 2024, 56)

Comunión en la búsqueda de la voluntad de Dios, comunión en la caridad como capacidad de amar al otro sin querer poseerlo, comunión en el compartir bienes y talentos. Estos son los compromisos que debemos vivir en el día a día, si queremos construir juntos esta casa común que es la vida fraterna en comunidad. Éste es el testimonio profético que espera de nosotros el mundo de hoy.

Esta comunión es posible. Ya ha sido vivida por nuestros antepasados. *“Lo que más me consuela —escribía Juan María de la Mennais al H. Hervé Monnerais, el 13 de abril de 1847— es saber que la caridad reina entre vosotros: esta unión íntima y verdaderamente fraterna, será nuestra fuerza y nuestra dicha. ¡Conservadla como un tesoro!”*⁸ Y en otra ocasión: *“Mientras nos mantengamos unidos, seremos fuertes y felices; sí, esta unión santa será el encanto, la gracia y la fuerza de nuestra sociedad.”*⁹ Este es el secreto de no tener más que *“un solo corazón y una sola alma.”*¹⁰

⁷ François Bustillo, *La otra orilla*, p. 70.

⁸ Juan María de la Mennais, CG V, 585.

⁹ Juan María de la Mennais, S II, 603.

¹⁰ Juan María de la Mennais, S II, 645.

Subir a una montaña para contemplar a Cristo transfigurado es el único camino para desarrollar una mística de la fraternidad *“que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite”*.¹¹ Felices de nosotros si Cristo nos ofrece como regalo, su tesoro más precioso: ¡su intimidad filial con el Padre! Cuanto más lo profundicemos, más nos descubriremos como hermanos suyos, profundamente unidos a Él, seremos más hermanos entre nosotros y hermanos de todos. ¡Allí donde está Cristo, reina la fraternidad!

2- Levantar tres tiendas.

“Entonces Pedro, tomó la palabra y dijo a Jesús: ¡Maestro! ¡Qué bien estamos aquí! Plantemos tres tiendas. ¡Una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías! Pedro no sabía lo que decía porque estaba lleno de miedo. (Mc 9, 5-6)

En nombre del trío privilegiado, Pedro expresa a Jesús la dicha de contemplarle en toda su belleza y gloria. Para poder continuar así, le propone construir tres tiendas: la primera para el Maestro, la segunda para Moisés y la tercera para Elías. El evangelista Marcos se apresura a añadir que *“Pedro no sabía lo que decía porque estaba lleno de miedo”* (Mc 9, 6).

La reacción espontánea de Pedro revela un deseo muy humano: prolongar la situación de felicidad del encuentro con Cristo transfigurado, levantando tres tiendas. Pero ¿qué es lo que nos revela esta proposición del apóstol sobre nuestra vocación y misión a la fraternidad?

2.1- La tienda para Jesús.

Al decidir levantar la primera tienda para Cristo transfigurado, el apóstol Pedro nos quiere proponer que pongamos a Cristo en el centro de nuestra fraternidad y hacer de ello nuestra prioridad. Efectivamente, hemos sido *“reunidos por el Espíritu en torno a Cristo”* (RV 2024, nº 55). Esto cambia profundamente nuestra manera de estar juntos y de vivir la vida fraterna en comunidad. Hemos sido llamados y convocados por el Maestro. Nadie elige su comunidad ni sus cohermanos: lo recibimos todo como un regalo de la gracia del Señor.

¹¹ Papa Francisco, *Fratelli tutti*, nº 1.

De hecho, en nuestras comunidades, es Cristo quien planta su tienda en nuestro suelo y vive con nosotros (Jn, 1, 14). Contemplamos su gloria cada vez que lo recibimos en la Eucaristía, cada vez que lo adoramos en el Santo Sacramentos del altar, cada vez que lo escuchamos en su Palabra o en la de nuestras hermanas o hermanos. De esta manera, lo vemos, lo contemplamos y lo tocamos (1 Jn 1, 1). Cada día, si le abrimos la puerta, viene a vivir entre nosotros (Ap 3,20). Al celebrar la Eucaristía, el sacramento de la fraternidad por excelencia, nos hacemos todos hermanos (Mt23,8). Todas las barreras y funciones dejan de existir, ya no hay griego ni judío, hombre ni mujer, esclavo ni libre, porque ya no somos más que uno, en Cristo (Ga 3,28). El superior y el Hermano joven, el Laico menesiano y el director del colegio, el enfermo y el sano están en el mismo peldaño. Esta asamblea constituye una verdadera comunión con el Cuerpo de Cristo. Ésa es la verdad que afirma nuestra Regla de Vida.

“La vida fraterna en comunidad se fundamenta en la Palabra de Dios y la Eucaristía. Los Hermanos, juntos, se responsabilizan de su vida espiritual. Juntos meditan la Palabra de Dios, celebran el Oficio Divino y participan en la Eucaristía” (RV 2024, nº 57).

Plantar una tienda para Cristo transfigurado, es desarrollar esa mirada de fe capaz de reconocerle en cada Hermano, especialmente en el que nos resulta más desagradable, enfermo, sufriente o que, con frecuencia, nos contradice. Éste es el camino que el Maestro nos muestra cuando nos cuenta la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37). No se contenta con exhortar, sino que actúa. Se detiene junto al pozo de Jacob para dialogar con la Samaritana (Jn 4, 5-7). Se deja lavar los pies por una prostituta (Lc 7,36-50). Perdona a la mujer adúltera (Jn 8, 11). Con cada gesto suyo, Jesús expresa su proximidad, su compasión, su ternura y su fraternidad para con los rechazados y los excluidos.

Al querer levantar una tienda, Pedro desea crear un espacio en el que Cristo transfigurado pueda continuar revelándose en toda su belleza y su gloria. Es una llamada a nuestra comunidad para que siga el deseo del apóstol ofreciendo un lugar limpio y sencillo a todos aquellos a quienes acogemos. Nuestra mutua acogida, será el primer signo. ¿Cómo nos saludamos por la mañana? ¿Cómo celebramos las fiestas y los cumpleaños? Cada gesto de acogida es otra forma de levantar una tienda para Cristo. Los que nos visitan ¿se siente a gusto entre nosotros y se van con el sentimiento

de haber vivido un ‘*tiempo fuerte*’ con el Señor? ¿Tiene ganas de marcharse o les gustaría seguir con nosotros?

“Los Hermanos se sienten llamados a acoger a todos, especialmente a sus propios cohermanos, a sus padres, a los jóvenes y a los pobres. Reciben a sus huéspedes con calidez, sencillez y total disponibilidad. Al hacerlo, tienen en cuenta las exigencias de la vida comunitaria.” (RV 2024, nº 68)

¿Cómo cuidamos los espacios comunitarios: capilla, sala de comunidad, biblioteca? ¿Qué importancia damos a la limpieza de nuestros locales, al orden en nuestras habitaciones? Estos lugares dicen mucho de nuestras prioridades. Su buen gusto y su limpieza, en especial la capilla, dicen mucho de nuestra fe en la presencia de Cristo, porque *“ahí es donde está nuestro tesoro y nuestro corazón”* (Mt 6, 21).

Los Laudes, las Vísperas y la Eucaristía constituyen, por su parte, momentos favorables para expresar al Señor la dicha de estar con Él, como Pedro, Santiago y Juan. La calidad de los cantos, la atención a las lecturas, el silencio reposado y la atención de unos para con otros, elevan nuestras miradas y nuestro corazón hacia la contemplación de Cristo transfigurado.

2.2- La tienda para Moisés.

En la tradición bíblica, la figura de Moisés está, con frecuencia, asociada a la memoria viva de la *alianza*. Él fue quien transmitió el decálogo al pueblo de Israel (Ex 20,1-17) y el que veló por su puesta en práctica. Así, observando los diez mandamientos recibidos de su mano, las doce tribus se convierten en un pueblo de hermanos, que tienen por padre al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Ex 3, 19).

Para Juan María de la Mennais la Regla de Vida es ese código de la alianza que indica a cada Hermano el camino más seguro de fidelidad a la voluntad del Señor. Seguirle, es ya pertenecer en adelante a la gran familia de Dios, constituida por los hermanos y las hermanas de Cristo (Mt 12, 50).

Alianza y pertenencia se asemejan mucho. Todo, como lo fue el decálogo, ha sido un camino de fecundidad para Israel. Nuestra Nueva Regla de Vida lo será para nosotros si nos esforzamos en ponerla en práctica. De hecho, ella nos trasmite la sabiduría expresada por nuestros Fundadores y por todas las generaciones de Hermanos, que han buscado vivir el Evangelio según nuestro carisma y nuestra espiritualidad. La tienda plantada para Moisés nos permite revivir la historia santa de nuestro Instituto porque es

el espacio en el que podemos contemplar la belleza de nuestra vocación y nuestra misión de vivir la fraternidad. ¿No nos gusta recordar la disponibilidad de los pioneros recordando que de los sesenta Hermanos presentes en el Retiro General de 1837, cincuenta y dos se ofrecieron voluntarios para ir como misioneros a la Isla Guadalupe ¿Cómo no admirar la audacia y la valentía del H. Zoël que abrió una panadería para abastecer de pan al pueblo de Plouvorn, devastado por la hambruna de 1847, y que en 1851, en el momento más álgido de la epidemia de tifus, se levantaba a las cuatro de la mañana para consolar y cuidar a los enfermos?

El respeto hacia los Hermanos mayores es una manera más de apreciar su sabiduría fraterna. Ellos han vivido las alegrías, las penas, las esperanzas y las pruebas de nuestro Instituto y de la vida comunitaria. Han dejado sus familias, su país y han aceptado misiones muy difíciles, a veces con riesgo de sus vidas. Han construido nuestras comunidades y obras a partir de nada. ¿Cómo les escuchamos? ¿Cómo acogemos nosotros hoy sus consejos? ¿Cómo aceptamos sus fragilidades y dificultades? Sentirnos próximos a ellos es una hermosa escuela para aprender paciencia, compasión, servicio desinteresado, delicada atención, reconocimiento y gratitud.

Alianza y transmisión están íntimamente unidas. Plantar una tienda para Moisés significa transmitir a las nuevas generaciones el espíritu del Instituto y nuestra vocación a la fraternidad. Antes que un saber a inculcar se trata de una vida a compartir, una felicidad a comunicar y una historia a santa que debe ser contada. Moisés fue el primero de su pueblo en ser fiel a la alianza. Ese fue su método para hacer fructificar la herencia espiritual que le había sido confiada. Nuestra vida de Hermanos ¿dice hoy algo a los jóvenes? Esto tiene una importancia capital. Es el camino mejor para crear puentes intergeneracionales. Ésta es la intuición, a este respecto, que nos recuerda el Papa Francisco cuando afirma:

“Pero esta sociedad rechaza a los unos y a los otros, rechaza a los jóvenes al igual que rechaza a los viejos. Y, sin embargo, la salvación de los viejos es darles a los jóvenes la memoria, y esto convierte a los viejos en unos auténticos soñadores de futuro; mientras que la salvación de los jóvenes es tomar estas enseñanzas, estos sueños, y seguir en la profecía. Para que nuestros jóvenes tengan visiones, sean ellos mismos soñadores y puedan afrontar con audacia y valentía los tiempos futuros,

hace falta que escuchen los sueños proféticos de sus antepasados. Viejos soñadores y jóvenes profetas son el camino de salvación de nuestra sociedad desarraigada: dos generaciones de rechazados nos pueden salvar a todos.”¹²

¡Ojalá que nuestras fraternidades sepan poner en diálogo a los viejos soñadores y a los jóvenes profetas! Esto será posible, si cada día aprendemos a plantar una tienda para Moisés en nuestras diferentes comunidades. Esa es también la invitación que nos ofrece nuestra Nueva Regla de Vida:

“Los Hermanos cuidan ante todo la calidad de sus relaciones fraternas. Están atentos los unos a los otros y no escatiman esfuerzos para comprenderse, dialogar y mostrar buen humor hacia todos. Aceptan las inevitables contrariedades de la convivencia y consideran las diferencias culturales e intergeneracionales como una riqueza. Están abiertos a los miembros más jóvenes y dispuestos a ayudarlos; muestran especial consideración por los Hermanos mayores, enfermos o con problemas” (RV 2024, nº 59).

2.3- La tienda para Elías.

La tienda para Elías nos ayuda a meditar sobre la dimensión profética de la vida fraterna. En el monte Oreb, el profeta busca al Señor en el terremoto, en el huracán o en el fuego, pero el Señor se revela, más bien, en la brisa ligera (1R 19, 11-13). Muy a menudo, nos pasa a nosotros lo mismo. Buscamos al Señor ante decisiones importantes, en los momentos fuertes de la vida comunitaria, pero Él se deja ver, más bien, en los acontecimientos diarios humildes: atender al Hermano, un servicio discreto o una palabra de ánimo. La experiencia de Elías nos invita así a aprender a descubrir al Señor en el día a día de nuestra vida fraterna. Nuestro Dios está presente en el hermano que siente hambre o sed, en el extranjero que busca ser acogido, en el enfermo o en el prisionero a visitar, en el pobre que no tiene ropa que vestir (Mt 25,31-46).

El profeta Elías nos enseña a estar siempre atentos a las necesidades de los demás. Dio de comer a la viuda de Sarepta y resucitó a su hijo (1 Re 17, 8-24). Nuestras comunidades están llamadas tener la misma atención

¹² Papa Francisco, *Dios es joven*, p. 20 Ed. en español, (p. 38. Ed. en francés).

hacia los demás, en especial hacia los más pobres. Plantar una tienda para Elías consiste en mantener nuestras puertas y nuestros corazones abiertos a los cohermanos en necesidad.

Elías nos educa con su actitud en el arte del discernimiento. Dios está en la brisa ligera y no en el huracán. En nuestros encuentros comunitarios, en nuestros capítulos y en nuestros consejos ¿sabemos ponernos a la escucha del leve susurro del cohermano necesitado, del silencio cargado de angustia del que no se siente con fuerza para hablar? El discernimiento pide, a veces, paciencia y tiempo. Elías aprendió a esperar la hora de Dios. Los granos sembrados hoy, darán fruto para las generaciones futuras. ¿Sabemos comprometernos apoyándonos en Dios solo y abandonándonos en manos de la Providencia? El discernimiento de los signos de los tiempos se aprende escuchando la sabiduría de los mayores y acogiendo la profecía de los jóvenes. La vida fraterna en comunidad es la mejor escuela para semejante aprendizaje.

El profeta Elías también nos adiestra a abrirnos y a estar disponibles a las sorpresas del Espíritu Santo. Nos invita también a hacerle un sitio en nuestra mesa, a dejarle unas líneas en nuestros proyectos y planificaciones, a ser una ventana entreabierta a Aquel que está siempre dispuesto a hacer nuevas todas las cosas. Es el Espíritu que viene a nuestra ayuda cuando nuestras oraciones comunitarias se abren a las alegrías, a los sufrimientos y a las esperanzas del mundo, de la Iglesia y del Instituto. Él es quien nos permite esperar contra toda esperanza abriendo nuestros ojos, volviendo a calentar nuestros corazones, compartiéndonos el pan que permite reanudar el camino para encontrar de nuevo a los hermanos y hermanas en Jerusalén (Lc 24,13-35). Es ahí donde nos da cita el Señor para ser testigos de esperanza.

Pedro quería construir tres tiendas en la misma montaña: el Tabor. Magnífica imagen para simbolizar la unidad en la diversidad a la que nuestras comunidades están invitadas a encarnar. Jesús, Moisés y Elías pertenecen a diferentes generaciones de la historia de la salvación. Pero cada uno aporta lo que es, lo que tiene y lo que hace (RV 2024, nº 58). Cristo su divinidad, Moisés su fidelidad a la alianza y Elías su pasión por Dios y su compasión por el pobre. Así, fuertes y enriquecidos con muy diferentes generaciones, talentos y misiones, como Pedro, le decimos al Señor: *¡Maestro! ¡Qué bien estamos aquí! Plantemos tres tiendas, una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías* (Mt 9,5). Este es el verdadero milagro de la fraternidad reunida en torno a Cristo, porque *“El amor cristiano supera*

*cualquier barrera, acerca a los lejanos, reúne a los extraños, familiariza a los enemigos, atraviesa abismos humanamente insuperables, penetra en los rincones más ocultos de la sociedad.*¹³

3- Escuchar al Hijo bienamado.

“Vino una nube que les cubrió con su sombra y de ella salió una voz que dijo: “Éste es mi hijo bienamado, ¡escuchadle!” (Mc, 9,7)

En la cima del monte Tabor, cubiertos por la sombra de una nube, Pedro, Santiago y Juan oyen la voz del Padre que les hace esta recomendación: *“Éste es mi hijo bienamado, ¡escuchadle!”* (Mc 9, 7). En el marco de la vida fraterna en comunidad, este pasaje de Marcos nos ofrece tres puntos de reflexión importantes: la nube, la voz y la escucha.

3.1- La nube.

En la tradición bíblica, la nube simboliza la presencia de Dios que acompaña y que guía a su pueblo. En el desierto, el Señor caminaba con los hebreos: durante el día, en una columna de nube para abrirles camino y por la noche en una columna de fuego que los iluminaba. (Ex 13, 21) Esto les permitía seguir su marcha sin tener que pararse. En el Tabor, la nube cubre a los tres y no solamente a Pedro. Así, también juntos, es como estamos llamados a experimentar esta presencia del Señor que nos reúne, que nos rodea y que se pone en camino junto a nosotros. Tomar conciencia de algo así cambia radicalmente nuestra vida fraterna, porque entonces, la comunidad se convierte en un espacio en el que Dios se revela y se da a nosotros, tal como somos, respetando nuestros carismas personales.

En el texto bíblico de Marcos, se nos menciona una sombra: *“Apareció una nube que les cubrió con su sombra”*, nos detalla el evangelista. En los países cálidos, sabemos muy bien lo importante que es la sombra. Nos protege del sol y favorece la vida y el crecimiento. ¡Bella imagen para definir nuestra vocación y nuestra misión en la fraternidad! Estamos llamados todos a proporcionar esta sombra bienhechora que propicia la dicha del vivir juntos. Concretamente, cada Hermano debe encontrar en la comunidad, el hogar caluroso que necesita para crecer. A veces, la mejor ayuda que podemos ofrecer a un cohermano en dificultad, es nuestra presencia silenciosa, discreta y comprensiva. La sombra no hace ruido, pero trae la frescura necesaria para que aparezcan la vida y la felicidad.

¹³ Papa León XIV, Dilexi Te, nº 120.

La nube de la presencia del Señor, si nos abrimos a su gracia, nos enseña a transfigurar el ordinario de nuestra vida fraterna en comunidad. Así las comidas, las reuniones comunitarias y las oraciones tienen un sabor diferente: el de la mística de lo cotidiano en la que Dios nos convoca para vivir nuestra vocación y nuestra misión a la fraternidad.

3.2- La voz que se hace oír.

Una voz se hace oír desde la nube. Todo sucede con dulzura y finura: sin sobresaltos, nada de gritos estridentes, sin rayos, sin tormentas, sino una voz que se deja oír como una brisa ligera, la que tanto bien produce cuando hace calor. El Señor no se impone, se propone. Más que un grito estéril, su voz es una palabra que crea y transforma. *“Dios lo dijo y existió”*: el cielo y la tierra, la luz y las tinieblas, el día y la noche, todo se hizo realidad. Se trata de una palabra eficaz, lo que se dice se hace. Es la misma voz que dictó los Diez Mandamientos a Moisés. Hoy, también, el Señor sigue haciéndose oír, en la comunidad, en todos y todas que guardan silencio para escucharle. ¿Somos nosotros de esos Hermanos capaces de reconocer su voz de Buen Pastor que nos reúne (Jn 10, 4-5), y que va en nuestra busca cuando nos apartamos del buen camino? (Lc 10, 5-4) ¿Estamos dispuestos a hacernos precursores que gritan en el desierto y que piden que preparar el camino al Señor (Jn 1, 23)? Felices de nosotros si prestamos atención a la voz del Señor que se hace oír. Aprender a hacer silencio para saborear la palabra recibida y discernir lo que el Señor nos quiere decir, es el camino mejor para aprender a ser hermanos y convertirnos en artesanos de fraternidad allá donde seamos enviados.

3.3- La escucha.

En el contexto bíblico, la relación entre el hombre y Dios tiene lugar con la escucha como telón de fondo: *“¡Señor! Escucha mi súplica en tu justicia, atiende mis llamadas en tu fidelidad, ¡respóndeme!”* (Sal 142, 1) y también, *“¡Escúchame Señor!”* ... En nuestras comunidades muchas tensiones y conflictos tienen su raíz en la falta de escucha mutua. Todo hombre tiene necesidad de ser escuchado. Hoy en día esta necesidad se hace sentir cada vez más también en el ámbito profesional y en las familias. Centros de acogida, de consulta o de consejo se encuentran ya por todas partes.

Pero, al mismo tiempo, la escucha sigue siendo un desafío para el hombre. Dios se queja de la incapacidad del hombre de entenderse verdaderamente con los demás: *“Ah! ¡Si Israel, mi pueblo me escuchara! ¡Si quisiera seguir mis caminos!”* (Sal 80, 7). La llamada de Dios es diaria e

insistente. “¿escucharás hoy mi voz?” (Sal 94, 7) Responder a esta pregunta es esencial para crecer en nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos.

Para convertirnos a la escucha, el Padre nos presenta a su Hijo bienamado como el Camino (Jn 14, 6). Si le seguimos, nuestra forma de relacionarnos se transformará totalmente. Pasaremos de una lógica de posesión a una actitud de acogida, de apertura y de disponibilidad. A la agresividad de un cohermano, responderemos con un gesto de dulzura; a la impaciencia de otro le ofreceremos nuestra paciencia; a la tozudez de un tercero, responderemos con la comprensión y el perdón. La verdadera escucha convierte, de esta manera, nuestras tensiones y conflictos comunitarios en oportunidades fraternas de curación y crecimiento juntos. Aprender a escucharnos mutuamente, enriquece nuestra vida comunitaria fraterna y engendra comunión. Impedirá también a los ancianos, encerrarse en sus costumbres y recuerdos y a los jóvenes a comenzar desde cero. Otro de los frutos es esa sabiduría fraterna que sabe integrar la tradición y la innovación, los dos pilares de una comunidad viva.

Por otra parte, la escucha del Hijo bienamado, purifica progresivamente nuestras motivaciones y nuestro corazón al interrogarnos constantemente sobre la calidad de nuestra respuesta a nuestra vocación y a nuestra misión a la fraternidad. Nuestra vida fraterna en comunidad no apunta, principalmente, nuestro desarrollo personal o a nuestra seguridad individual, sino responder a la llamada del Maestro que nos pide que dejemos todo para seguirle a Él. Esto se ha de hacer cada día. Este ejercicio diario nos despoja de toda la escoria de una vida centrada en la búsqueda de uno mismo y en el dominio del otro y nos educa en la escucha cordial y fraterna:

“Nuestras comunidades sólo desde el corazón lograrán unir sus inteligencias y voluntades diversas y pacificarlas para que el Espíritu nos guíe como red de hermanos, ya que pacificar también es tarea del corazón. El Corazón de Cristo es éxtasis, es salida, es donación, es encuentro. En él nos volvemos capaces de relacionarnos de un modo sano y feliz, y de construir en este mundo el Reino de amor y de justicia. Nuestro corazón unido al de Cristo es capaz de este milagro social.”¹⁴

¹⁴ Papa Francisco, Dilexit nos, nº 28.

La vida fraterna es también una formidable escuela de escucha. Nuestra oración comunitaria, si va acompañada del silencio, de la acogida de la Palabra del Señor y de la de nuestros Hermanos, se convierte en un espacio donde el Hijo bienamado nos enseña a escuchar. Cuando meditamos juntos un pasaje del evangelio, este ejercicio de entrenamiento en la escucha mutua que refuerza nuestros lazos fraternos. El canto de los salmos, el silencio litúrgico y el compartir intenciones son lugares donde escuchamos la voz del Hijo bienamado. Una comunidad que reza verdaderamente junta se prepara a la escucha recíproca.

El discernimiento comunitario es igualmente un lugar donde aprendemos a ponernos juntos a la escucha unos de otros y todos, a la escucha del Espíritu Santo (Jn 14, 17). Cuando decidir significa básicamente escuchar, entonces, nuestras reuniones, nuestros consejos, nuestros capítulos, nos ofrecen verdaderamente espacios para buscar y encontrar la voluntad del Señor. Como afirma san Benito, el Señor se sirve a veces del más joven para indicarnos dónde está lo mejor. Esta escucha comunitaria exige de nosotros paciencia para caminar al ritmo del otro, humildad para reconocer qué propuesta del cohermano es la mejor, la confianza para dejar al Espíritu Santo que hable por la voz del otro y la libertad interior para decidir juntos lo que es conforme a la voluntad del Señor. Es el camino que nos indica nuestra Regla de Vida si queremos prestarnos mutuo apoyo para ir a Dios y realizar su voluntad.

“Los intercambios permiten a los Hermanos expresarse y escucharse en la verdad y la amabilidad. Son, pues, medios inestimables de información mutua y corrección fraterna, de acordar y compartir” (RV 2024, 61,1).

Saber escuchar al Moisés y a los Profetas de nuestras comunidades, es la gracia que pedimos diariamente al Señor. A la petición del mal rico, para enviar a Lázaro para que advirtiera a sus cinco hermanos, Abraham le propone una alternativa: *“tienen a Moisés y a los profetas: ¡que los escuchen!”* (Lc 16, 27-31). El testimonio de un muerto resucitado no servirá de nada si no hemos escuchado a los que ha puesto en nuestro camino. Esto sólo es posible aprendiendo a buscar la verdad de rodillas, junto a los otros.

A la mujer que le felicitaba por la madre que le había traído al mundo, Jesús le contrapone una dimensión más profunda de la maternidad de María. La joven de Nazaret es fecunda, sobre todo, porque escuchó y puso en práctica la palabra del Señor (Lc 11, 28). Con ello, María edificó su casa

sobre roca, donde los vientos, la lluvia y las tempestades no pueden nada contra ella. Eso es también lo que Ella enseñó a los sirvientes de las Bodas de Caná, cuando les pidió hacer todo lo que su hijo bienamado les dijera (Jn 2, 8). Ése es también el mismo secreto que María transmitió a los apóstoles reunidos en el cenáculo cuando esperaban al Espíritu Santo (Hc 1, 13-14). Hoy también, cumple esa misma misión junto a las y los que se juntan en el nombre de su Hijo.

4- Bajar de la montaña.

“Al momento, al mirar a su alrededor, ya no vieron a nadie con ellos, sino sólo a Jesús. Mientras bajaban del monte les encargó Jesús que no contaran a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado. Así que guardaron el secreto entre ellos, aunque se preguntaban qué sería eso de resucitar de entre los muertos.” (Mc 9, 8-10)

Después de la experiencia extraordinaria de la Transfiguración sobre el monte Tabor, Pedro, Santiago y Juan ya no vieron más que a Jesús solo con ellos. ¿Qué hacen entonces? Bajan de la montaña para ir a juntarse con los demás apóstoles. Durante el camino, el Señor les pide que no cuenten: *“a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de entre los muertos”* (Mc 9, 9). El evangelista Marcos añade que ellos respetaron esta consigna de silencio sin comprender lo que les quería decir con *“resucitar de entre los muertos.”*

De hecho, para ellos, descender de la montaña no significaba un retorno, es decir una vuelta la vida de antes, sino más bien, un movimiento hacia adelante, porque quien camina a su lado es el Hijo bienamado del Padre a quien deben escuchar cada día en su caminar diario. Se trata entonces, para ellos y para nosotros, de aprender a vivir el misterio de la fraternidad cada día, sirviendo como el Maestro, creando puentes como Él y llevando nuestra cruz detrás de Él.

4.1- Servir como Él.

La noche del Jueves Santo, justo antes de su muerte Jesús *“se levantó de la mesa, se quitó los vestidos y ciñéndose una toalla en la cintura, echó agua en una jofaina. A continuación, se puso a lavar los pies a sus discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura”* (Jn, 13, 4-5). Pedro, viendo que su Maestro tomaba la condición de esclavo lavándole los pies, trata de oponerse a este gesto revolucionario. Él debería de lavarle los a Él y no al revés. aunque al final, se deja hacer, mal que bien. Después de haber terminado, Jesús invita a sus discípulos a que se pongan al servicio unos de otros, con humildad, sin considerarse mejores que nadie. *“Este ejemplo os lo he dado, para que hagáis lo mismo que yo he hecho con vosotros”* (Jn 13, 15). Con este gesto, el Maestro instituye *el servicio*, como sacramento de la fraternidad. Efectivamente, en la vida diaria de una comunidad, las ocasiones de servir gratuitamente al otro, ¡nunca faltan!: cerrar una puerta con cuidado para no molestar al que está descansando, sustituir a otro que tiene que ir al médico, tomarse tiempo para escuchar a un Hermano Joven que está pasando por un momento difícil con sus estudios, ... Estos gestos sencillos, hechos con amor y discreción nos brindan la oportunidad de servir a Cristo en nuestros Hermanos, y de contribuir a tejer y reforzar nuestros vínculos fraternos.

La disponibilidad es otra manera de servir. En la vida comunitaria, los Hermanos que siempre están disponibles, son una verdadera bendición para todos. Están siempre dispuestos a echar una mano, a escuchar, a dejarse molestar, a ofrecerse para un plus de trabajo, sobre todo cuando se trata de las tareas más humildes e ingratas. Ofrecen siempre más que lo que se les pide. En lugar de dar mil pasos, dan dos mil por los demás (Mt 5, 41). Dan generosamente su tiempo, se desviven sin darse importancia, se anticipan a las necesidades de los demás. Están atentos a los Hermanos con dificultades. Lloran con los que están apenados y se alegran con los que se sienten contentos. Llevan con gusto las cargas de los otros. Saben suavizar las tensiones comunitarias con fino sentido del humor. Con todas estas actitudes concretas, viven verdaderamente una auténtica caridad fraterna y hacen que los demás experimenten la alegría de ser Hermanos.

Nuestra Regla de Vida nos recuerda la importancia del servicio y de la disponibilidad, especialmente para con los Hermanos mayores:

“Por su disponibilidad, su serenidad y su oración, los Hermanos mayores o los que no pueden ejercer una actividad regular dan

testimonio de fidelidad y constituyen un precioso factor de armonía en las comunidades. Según sus capacidades y fuerzas, se ponen a disposición para prestar servicios en el campo apostólico o comunitario.” (RV 2024, nº 67).

4.2- Crear puentes como Él.

San Pablo describe la encarnación del Verbo de Dios como un descenso, cuyo fin es *compartir* nuestra humanidad en todo, excepto en el pecado (Flp 2, 5-11). Efectivamente, *“Cristo Jesús, aunque era de naturaleza divina, no se aferró al hecho de ser igual a Dios, sino que renunció a lo que le era propio y tomó naturaleza de siervo, presentándose como hombre”*. Por su anonadamiento, se hizo hermano nuestro, creando un puente entre Dios y el hombre. Al bajar de la montaña, Pedro, Santiago y Juan están llamados a seguir este mismo movimiento de encarnación de Cristo, si quieren responder a su vocación ya su misión a la fraternidad. Éste es el camino para aprender a tender puentes como Él hizo. Y más que una actitud exterior, crear puentes es, primeramente, un trabajo interior que exige, de nuestra parte, varias cualidades.

La primera es la **empatía**, que nos permite ponernos en el lugar del otro para comprender sus motivaciones, sus alegrías, sus miedos y sus esperanzas. Eso permitirá crear el primer puente interior que se llama *compasión*. Muchos gestos de fraternidad y de proximidad de Cristo, tienen ese punto de partida.

La segunda cualidad se llama **paciencia**. Necesitamos tiempo para construir este puente. Cuando tarda en acabarse, la esperanza toma el relevo. Éste es nuestro segundo puente interior. El papa Francisco, describe esta virtud cristiana como la lámpara que ilumina el horizonte y hace la vida más bella y más fraterna.¹⁵ Bajo esta perspectiva, el Hermano puede progresar siempre y tener más éxito en el futuro. Cuando somos capaces de brindar una segunda oportunidad al otro, aportamos nuestra piedra para la construcción de una cultura de fraternidad en nuestro medio ambiente de vida o de misión.

La tercera cualidad es la **audacia** que nos empuja a atrevernos a correr riesgos. Para Jesús, el tercer puente interior se llama *misericordia*. Está en el origen de muchas obras de ternura: Él perdonó a la mujer adúltera (Jn 8, 3-11), aceptó la invitación de Zaqueo (Lc 19,1-10), recibió las lágrimas

¹⁵ Papa Francisco, Fratelli tutti, nº 55.

de la pecadora en casa de Simón (Lc 7, 36-50), curó a los diez leprosos (Lc 11, 11-19). Con sus gestos, promovió la cultura del encuentro que es, ante todo, una forma de vida en la que nadie es inútil y donde siempre se puede aprender algo del otro. Así era su forma de levantar puentes y fortalecer los lazos de comunión.

Crear puentes, conlleva también gestos concretos y actitudes externas. Sin ellos, nuestros proyectos corren el riesgo de quedarse en sueños bonitos, pero desconectados de la realidad. *Una fe sin obras está muerta* (Sant 2, 26). Eso es bajar de la montaña para vivir la fraternidad en la vida de cada día.

Nuestras comunidades están formadas por Hermanos que tienen temperamentos muy diferentes. El contemplativo y el activo, el prudente y el audaz, el introvertido y el extravertido viven, a menudo, bajo el mismo techo. Lo que pudiera ser causa de división, se convierte en riqueza, si ciertos miembros de la comunidad tienen esa especial capacidad para construir puentes, creando espacios de diálogo y proyectos comunes que revalorizan la complementariedad de los carismas. Conciliar así temperamentos diferentes en el seno de una fraternidad gozosa y feliz, es un milagro diario.

En la vida comunitaria, se producen, a veces, heridas voluntarias o involuntarias. Pueden producirse por palabras insanas o torpes y por conflictos de personalidad. Una herida como ésta, si no se cura a tiempo, no cicatriza, ¡peor aun! ¡se emponzoña! El cohermano que calma, que propone un camino de reconciliación o de petición de perdón, es realmente, un médico que cuida nuestra vida fraterna en comunidad. Eso es lo que nos recuerda nuestra Regla de Vida cuando afirma:

“Para que «esta alegría sea perfecta», los Hermanos también saben perdonar, olvidar los agravios y, a pesar de las inevitables oposiciones, vivir en paz: es «el más precioso de todos los tesoros, y no se pueden hacer demasiados sacrificios para conservarlo»” (RV 2024, nº 60)

Nuestras comunidades de hoy, acogen a Hermanos de generaciones y culturas diversas. Lo que interesa al Hermano Mayor, está probablemente a mil leguas de distancia de las preocupaciones del Hermano Joven. Lo que es importante para este religioso de cultura africana puede parecer una pérdida de tiempo para otro que procede de Europa, de Asia o de América. Lo que es paciencia para uno, es interpretado por el otro, como lentitud

culpable. Dichoso el Hermano que es capaz de armonizar las diferencias generacionales y culturales convirtiéndolas en una hermosa sinfonía de convivencia.

“Cuesta esfuerzo comprenderse cuando se tienen opiniones diferentes, perdonarse cuando uno se equivoca, ayudarse cuando uno está enfermo, sostenerse cuando uno está triste. Pero es sólo así, con estos esfuerzos, como es posible construir algo bueno en la vida; sólo así pueden nacer y crecer entre las personas relaciones auténticas y fuertes, y, desde abajo, desde la cotidianidad, puede crecer, difundirse y experimentarse el Reino de Dios.”¹⁶

Desde hace varios decenios, nuestro Instituto acoge a Laicos que comparten nuestra espiritualidad y nuestro carisma. La Familia Menesiana es, ciertamente, una fuente de enriquecimiento tanto para los Hermanos como para los Laicos. Pero esta situación llama a nuestra capacidad recíproca de apertura, de adaptación y de comprensión mutua. Las comunidades que se abren a este movimiento del Instituto, crean puentes para una vida fraterna sinodal en la que los Hermanos y los Laicos se prestan mutuo apoyo para ir a Dios y realizar su voluntad. Es esta misma invitación la que nos hace nuestra Regla de Vida:

“La comunidad acoge de manera especial a los Laicos Menesianos, con los que comparte su misión y su espiritualidad. Los lazos mutuos así desarrollados se refuerzan a través de momentos de oración y tiempos de encuentro.” (RV 2024, nº 68, 1)

4.3- Cargar con la cruz e ir en su seguimiento.

En los evangelios, el texto de la Transfiguración va siempre seguido de un anuncio de la Pasión (cfr. Mc 9, 30-32). La cruz es una dimensión inseparable de la vida personal y comunitaria de todo discípulo. Es una exigencia de fecundidad: *“Si el grano de trigo no muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto”* (Jn, 12, 24). Es la condición indispensable para caminar con fidelidad tras el Maestro. *“Quien quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz de cada día y que me siga”* (Lc 9, 23). En la vida fraterna en comunidad, las ocasiones de llevar la cruz ¡nunca

¹⁶ Papa León XIV, Homilía en la catedral de Albano, el 20 de julio de 2025.

faltan! Esta misma verdad fundamental es la que nuestra Regla de Vida nos invita a vivir, diciéndonos:

“Elegidos y reunidos por Dios, procuran conocerse y amarse con todo el afecto del corazón de Cristo. En la abnegación y en el don generoso de sí mismos, día tras día, trabajan para convertirse en una comunidad de acogida, de perdón, de sanación de las heridas y de auténtica comunión fraterna.” (RV 2024, nº 58)

La primera cruz de la vida fraterna es: aceptar morir a las preferencias personales. No escogemos a nuestros cohermanos de comunidad. Tampoco imponemos a nadie nuestros gustos. Aceptamos nuestra misión. Escuchamos la música que otros Hermanos prefieren. Participamos en los momentos comunitarios de relax, aunque - realmente hubiéramos preferido ver una película, solos en la habitación, en nuestro ordenador. Estas pequeñas renunciaciones, aparentemente insignificantes, van construyendo progresivamente la fraternidad. Quien las rehúsa, ¿podrá morir a sus gustos personales cuando haga falta tomar una decisión comunitaria importante?

La segunda, es **llevar las cargas** y las limitaciones de los cohermanos (Ga 6, 2). Se trata de aceptar a los otros tal cual son, con sus cualidades y sus defectos. En la vida comunitaria, esta cruz adopta mil caras: soportar la lentitud de un Hermano perfeccionista, aceptar la espontaneidad incómoda de otro, disculpar los olvidos de quién está siempre distraído, tolerar al que llega siempre tarde a los encuentros comunitarios. Ejercitarse en esta paciencia fraterna es una opción que cuesta pero que transforma.

La tercera, quizá la más difícil, es **renunciar** a tener siempre razón. En realidad, se trata de morir a uno mismo, a su voluntad propia. Es el otro el que nos ciñe la cintura para llevarnos allí donde nunca nos gustaría ir (Jn 21, 18). Sin embargo, esta obediencia fraterna libremente consentida, se convierte en fuente de paz y de comunión para toda la comunidad.

Otra nueva cruz es, **aceptar ser incomprendido y criticado**. Esta prueba puede alcanzar a todos, pero especialmente al que ejerce el servicio de la autoridad. Esta carga nos hace comulgar más íntimamente con Cristo, que fue incomprendido, incluso por sus discípulos más cercanos. Nos educa en la paciencia y en la humildad y nos hace crecer en libertad interior y en madurez fraterna.

Aceptar llevar juntos la cruz de la vida comunitaria nos ayuda a profundizar en una solidaridad nueva. Es raro que la enfermedad de un Hermano rompa las barreras relacionales que existían entre otros miembros de la comunidad. Así, la prueba llevada entre todos, nos acerca los unos a los otros. Cuando se asumen con fe, las cruces comunitarias, se transforman en momentos de gracia que refuerzan los lazos fraternos.

CAPÍTULO II.

HERMANOS DE NUESTROS HERMANOS DE COMUNIDAD.

El pasaje de Marcos (**Mc 3, 13-19**) nos presenta al Jesús que llama a los que él quiere y elije a doce. También, nuestra vida fraterna en comunidad es una respuesta a la convocatoria del Maestro, para una doble misión: estar junto a Él e ir a proclamar la Buena Noticia. En este segundo capítulo: *Hermanos de nuestros Hermanos de comunidad*. profundizaremos, en primer lugar, el objetivo de nuestra vocación.

Apoyándonos en la llamada de los Doce, que nos relata el evangelista Marcos, estructuraremos nuestra reflexión en cuatro partes:

- 1- Llamados por Cristo.
- 2- Reunidos en torno al Maestro.
- 3- Convocados a estar con el Maestro.
- 4- Convocados para ser hermanos.

Cuanto más prendamos a ser hermanos de Jesús, más lo seremos entre nosotros.

1- Llamados por Cristo.

“Jesús subió la montaña y llamó a los Él quiso” (Mc 3, 13). Este texto nos brinda la oportunidad de reflexionar y de meditar sobre la belleza y las exigencias de nuestra vocación común. Se trata de una llamada gratuita del Señor que brota de su corazón generoso. No depende para nada de nuestros talentos ni de nuestras cualidades, como tampoco de nuestros méritos. Un día, posó su mirada sobre nosotros y comprendimos que Él nos amaba, como amó también al joven rico del evangelio (Mc 10, 21), a Pedro, Andrés y a Santiago y Juan (Mt 4, 18-21). Experiencia inolvidable que ¡marca toda una vida entera! Juan, el discípulo amado, se acuerda incluso del momento preciso de su llamada: *era como la décima hora*. (Jn 1, 39) Y, sin embargo, esta llamada gratuita y llena de amor, del Señor nos libera de la obligación del resultado. Somos llamados, no porque seamos los mejores o los más idóneos, sino por pura gracia. Eso tiene que ser para nosotros un

profundo motivo de acción de gracias. Como María, cantemos cada día nuestro “*Magnificat*” al Señor, por el don de nuestra vocación.

“... eligió a doce de ellos para que le acompañasen y para enviarlos a anunciar el mensaje. Los llamó apóstoles. Estos son los doce que escogió: Simón, a quien puso por nombre Pedro; Santiago y su hermano Juan, hijos de Zebedeo, a los que llamó Boanerges (es decir, “Hijos del Trueno”); Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, y Santiago hijo de Alfeo; Tadeo, Simón el cananeo y Judas Iscariote, el que traicionó a Jesús.”
(Mc 3, 14. 16-19)

Marcos nos proporciona la lista con los nombres de los doce apóstoles. Eso no tiene nada anodino. La llamada de Cristo es, a la vez, personal y comunitaria. Llama a cada uno por su nombre y escoge a doce. Como ellos, somos llamados a estar con Él y a vivir juntos. Al reunirnos como comunidad de vida, el Señor nos confía el mandato de prefigurar la gran familia de Dios que formaremos en el cielo.

Marcos se toma el tiempo de nombrar a cada uno de los Doce. A Pedro le describe, a menudo, como espontaneo e impulsivo. ¿No dejó ya claro que quería dar la vida por el Señor, poco antes de negarle tres veces? (Jn 13, 37-38) A Santiago y a Juan los llamó “*hijos de trueno*” le habían dicho a Jesús que hiciera bajar fuego del cielo para destruir a los samaritanos porque no habían querido recibir a Jesús (Lc 9, 54). También parece que les gusta el poder ... querían sentarse a la izquierda y a la derecha del Señor en el Reino (Mt 20, 21). Mateo es un colaborador del ocupante romano, un recaudador de impuestos (Mt 9, 9). Era despreciado por el pueblo judío por traidor ya que algunos recaudaban más dinero de lo estipulado (Lc 3, 13). Simón - el Zelote - es un revolucionario que quiere echar a los romanos de su tierra. Tomás es un hombre práctico, algo receloso. Prefiere ver antes de creer (Jn 20, 25). Judas es el que traicionará a Jesús por treinta monedas de plata (Mt 26,15). Bartolomé (o Natanael) es un hombre cabal e íntegro (Jn 1, 46). Andrés, Felipe y Santiago - hijo de Alfeo - y Tadeo, parecen hombres discretos y sencillos.

A ojos humanos, estaríamos tentados de decir que Jesús nos ha elegido bien para formar la primera comunidad apostólica: personas tan distintas y con convicciones —a veces— diametralmente opuestas. Y, sin embargo, todos son llamados para estar a su lado. Es lo mismo que constata el escritor escocés Bruce Marshal:

“Jesucristo juntó los trozos de madera más rugosos y ordinarios que encontró en el mundo y, como buen carpintero que se había formado en la escuela de su padre José, fabricó con ellos una barca que, asombrosamente, resiste los ataques del mar después de veinte siglos!”¹⁷

Nuestras diferencias no son obstáculos, sino más bien, carismas complementarios, puestos al servicio de la vida fraterna en comunidad. Como el cuerpo, que no es más que uno, pero que tiene muchos miembros, nosotros estamos llamados a ser uno, en Cristo (1 Co 12, 12). La comunión fraterna no borra nuestros orígenes, nuestras culturas o nuestros talentos, sino que los armoniza en el amor. Ése es el trabajo del Espíritu Santo que nos permite comprendernos unos a otros a pesar de las diferentes lenguas o barreras culturales (Hch 2, 5-13). Transforma nuestras debilidades en riquezas, hace posible lo imposible: personas tan opuestas por naturaleza y por temperamento *se convierten en testigos de amor fraterno!* *“La multitud de los que habían creído, tenían una sola alma y un solo corazón y nadie decía que sus bienes eran suyos, sino que lo tenían todo en común.”* (Hch 4, 32). *“¡Mirad cómo se aman!”* ... era el testimonio dado por Tertuliano al hablar de la primera comunidad cristiana.

¿Cómo vivimos hoy nuestra llamada a la fraternidad? Cuando nos llamó el Señor, puso en nosotros su mirada de amor. Éste fue nuestro primer compromiso: amarnos como Hermanos de una misma familia. Pero ¿cómo se llega eso? El himno a la caridad de San Pablo nos propone algunas pistas interesantes (1 Co 13, 1-18). El amor fraterno al que estamos llamados es concreto: es paciente, ayuda y se alegra con el gozo de los demás, es discreto y delicado, es previsor y perdona, es verdadero, perdona todo y dice la verdad, soporta todo, confía en todo y lo espera todo, lo soporta todo. En este terreno de la caridad fraterna es donde podremos ver si seguimos verdaderamente a Cristo, nuestro hermano mayor. Todo acto de amor al prójimo, ¿no es, en realidad, un reflejo de la caridad divina? No podemos amar a Dios sin extender ese amor hasta aquellos que nos son próximos por su vida o su misión. *“El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia.”¹⁸*

¹⁷ François Bustillo, *Pasemos a la otra orilla – Una vida religiosa renovada*, p. 62.

¹⁸ Papa León XIV, *Dilexi Te*, nº 101.

Para educarnos en el amor fraternal, Jua María de la Mennais nos da consejos prácticos. Nos pide que aprendamos a excusar al cohermano en vez de acusarle. Nos anima a ayudarnos mutuamente a llevar nuestras cargas mutuas aceptando que la nuestra propia probablemente sea más pesada que la de los demás. Nos invita a aplicar el "*aceite de la caridad*"¹⁹ para sanar y sanar lo que ha sido herido por "*los pequeños roces de carácter*". Esta es la forma de saber cómo "*perdonar, olvidar los agravios y, a pesar de las inevitables oposiciones, vivir en paz*" (RV 2024, 60).

Para Juan María de la Mennais, la caridad fraterna se alimenta cuando aprendemos a ser felices con la alegría de los demás, hasta que nos prestemos mutua ayuda para ir a Dios y cumplir con su obra. Se refuerza cuando evitamos "*todo motivo de querella, toda palabra agria, dura o de reproche todo gesto de desprecio o de impaciencia*" (Regla de Vida 1823) o cuando nos esforzamos por adquirir "*esa dulzura llena de alegría, de paz, de amor y de esperanza.*"²⁰ hacia todos, especialmente hacia aquellos de quienes tendríamos derecho a quejarnos. Ese es el secreto para aprender a "*amarnos con todo el afecto del corazón de Cristo*" (RV 2024, nº 58).

Al llamarnos, Cristo nos pide también, vivir aquí abajo, la vida de comunión que viviremos con Él en el Reino de los Cielos. El camino es cumplir la voluntad de Dios Padre: "*Porque el que hace la voluntad del Padre que está en los Cielos, es para mí un hermano, una hermana, una madre*" (Mt, 12, 50). Ellos son los que pertenecerán, de ahora en adelante a la familia de Dios. De esta manera, al seguir el camino de la obediencia, aprendemos a buscar y a llevar cabo lo que complace al Padre, como hizo el Hijo (Jn 8, 29). Esto ayuda a avanzar juntos en comunión de espíritus y de corazones, a poner nuestro ser y nuestro obrar en sus manos. La obediencia aprendida en la escuela de Cristo por la caridad nos une en un mismo testimonio y en una misma misión, respetando la diversidad de dones y el carácter único de cada persona. Con ello, nos convertimos en un signo luminoso de la paternidad única que viene de Dios, de la fraternidad nacida del Espíritu y de la libertad interior de las personas que se han puesto en las manos de Dios a pesar de sus fragilidades y de sus limitaciones.²¹ De esta manera nos preparamos progresivamente a la gran de la comunión preparada para todos aquellos y aquellas que han lavado sus vestidos en la sangre del Cordero (Ap 7, 14).

¹⁹ Juan María de la Mennais, S II, 603.

²⁰ Juan María de la Mennais, Memorial, 123.

²¹ Papa Juan Pablo II, Vita Consecrata, nº 92.

Para crecer en el camino de la comunión fraterna, Juan María de la Mennais nos exhorta, en primer lugar, a que nos ayudemos mutuamente a *“alabar y servir a nuestro Maestro”*. Para él, esta ayuda mutua *forma parte de la Comunión de los Santos, que no se cumplirá plenamente más que en los cielos, ... pero debe comenzar en la tierra por la comunión de nuestros sentimientos, de nuestros esfuerzos y de nuestras oraciones.*²² A continuación, nos invita a tener un corazón católico, es decir: abierto, que sepa apreciar y valorar todo el bien que se hace a su alrededor. Eso nos va a permitir vivir juntos en *“la unión más perfecta”*. Finalmente, nos anima a poner en movimiento nuestras energías para caminar juntos: *“Venid y unamos nuestras fuerzas, pongamos nuestros corazones, uno al lado del otro y, siguiendo la expresión de la santa escritura: pongámonos en fila como un ejército en orden de batalla, ante el enemigo de Cristo; con la cruz en el pecho, avancemos hacia él. Venceremos con esta señal.”*²³ Obrando de esta manera *“La comunión vivida en el seno de la Trinidad es la fuente y el modelo de la fraternidad.”* (RV 2024, nº 56). En virtud de nuestro voto de obediencia que es búsqueda de la voluntad de dios, estamos reunidos en torno a un proyecto común, en el respeto a cada persona y de la diversidad de dones (RV 2024, nº 56).

2- Reunidos en torno al Maestro.

“Jesús subió a la montaña y llamó a los Él quiso y se fueron con Él (Mc 3, 13). Respondiendo favorablemente a la llamada de su Maestro, los Doce forman una comunidad de vida. Marcos traduce esta realidad ayudándose de esta sencilla frase: *“fueron tras Él”*. Quizá fuera bueno recordar que los Doce se quedaron junto al Maestro porque respondieron juntos a su llamada.

“Se fueron con Él”. Esta sobriedad expresa la espontaneidad de la respuesta de los Doce. Efectivamente, estaban disponibles, confiaron y dijeron inmediatamente ‘sí’ al Señor. En seguida, Pedro y Andrés dejaron las redes y Santiago y Juan, a su barca y a su padre (Mt 4, 20-22). La rapidez de su decisión de dejar todo para ir con el Maestro, atestigua que habían reconocido la voz del Buen Pastor que quería juntar sus ovejas (Jn 10, 1-4). Se trata, claramente, de un acto de fe, que se apoya sobre esa intuición fundamental: *“Nadie puede venir a mí, su enviado, si mi Padre no le llama”* (Jn 6, 44).

²² Juan María de la Mennais, CG I, 180.

²³ Juan María de la Mennais, S II, 557.

Al ir libremente con el Maestro, los Doce obedecieron la llamada. Eso permite a la gracia del Señor, fructificar en ellos. Así, Pedro, que era pescador, se convierte en pescador de hombres y en jefe de la Iglesia; Mateo, el recaudador de impuestos se convertirá en evangelista. La obediencia libre a Cristo nos colma de múltiples dones para el servicio del bien común que es la vida fraterna en comunidad.

Seguir a Cristo también significa dejar. Los Doce dejaron todos sus actividades y sus familias para seguir a Jesús. Estas rupturas son necesarias y nos ayudan, a su vez, a dejar detrás de nosotros todo lo que podría retenernos lejos de nuestro Maestro. Purifican nuestro acercamiento a Cristo y hacen que pongamos sólo en Él nuestra dicha y nuestra alegría.

Al responder a la llamada del Maestro, los Doce convergen en Él. Se trata de una verdadera dinámica centrípeta. Efectivamente, todos venían de horizontes diferentes, pero de un único foco central: ¡Cristo! En Él es donde surge su unidad. En nuestros grupos, la tendencia humana general es juntarnos por afinidad, pero ése no es el caso de nuestras comunidades. En nuestro caso, es Jesús el que nos llama a ir a Él y esta tracción común es la fuente de nuestra comunión fraterna. Él es el que construye nuestra unidad con las piedras de nuestras diversidades.

Ir a Jesús, expresa nuestro deseo de entrar en relación con Él. Queremos conocerle y amarle más, compartiendo así su intimidad, ésa es la experiencia que vivieron Andrés y Juan cuando siguiendo la voz de su Maestro: vinieron y vieron. Era sobre la hora décima (Jn 1, 39) Sólo el encuentro íntimo con Cristo nos va a enseñar a ser hermanos de nuestros Hermanos de comunidad.

Juntarnos en torno a Cristo con personas que no hemos escogido, nos lleva a una confianza nueva, hacia el Señor, hacia los hermanos, pero esta labor exige tiempo y paciencia. Es una labor que hay que empezar cada día. Simón el Zelote tuvo que sobreponerse a sus primeros sentimientos para fiarse de Matías, el publicano. El apóstol Tomás pidió al Señor que le ayudara a vencer su tendencia a la desconfianza. Así, cuanto más aprendamos a abandonarnos en las manos del Señor, tanto más creceremos en la confianza mutua. Ése es el secreto para sobreponernos a nuestros prejuicios recíprocos y para construir nuestro vivir juntos

Cuando se reunieron en torno al Maestro, los Doce no tenían una idea precisa de lo que les esperaba, pero confiaron y pusieron rumbo a alta mar. Día tras día van descubriendo las exigencias de su llamada. Nunca habrían imaginado que vivirían los acontecimientos de la pasión, de la muerte y de

la resurrección del Señor, de la bajada del Espíritu Santo a ellos y a María. Sólo una vez pasado, se dieron cuenta de lo fundamental que era abrirse a sorpresa de la gracia del Señor que nunca falla a los que aceptan dejar todo en sus manos.

Juntarnos en torno a Cristo es un camino que exige paciencia. La unión de los Doce, no se llevó a cabo en un día. Necesitaron tiempo para aprender a conocerse y a aceptarse. Las tensiones y las incomprensiones nunca van a faltar. Discutieron quién iba a ser el más grande (Mc 9, 33-37). Hubo desfallecimientos: Pedro negó tres veces a su Maestro (Mc 14, 66-72); Judas lo vendió por treinta monedas de plata y después se suicidó (Mt 27, 3-5). Durante la Pasión, salvo Juan, todos se marcharon (Mc 14, 50). Después de la Resurrección la comunidad volvió reconstruirse (Lc24, 33-38) y, a pesar de todo, se mantuvieron y perseveraron juntos. Efectivamente, cuando estamos verdaderamente unidos en torno a Cristo, es siempre posible caminar con Él y seguir a su lado.

¿Qué queremos decir cuando decimos que estamos reunidos en torno a Cristo? En primer lugar, en las raíces de nuestra vida fraterna en comunidad, encontramos la doble confianza en Dios y en nuestros Hermanos. Eso es lo que constituye el alma de nuestra fraternidad. Debemos cuidarla con gran atención. Sin ella, tenderemos a replegarnos sobre nosotros mismos y a construir muros y barreras a nuestro alrededor. Ella nos permite compartir con sencillez y alegría, lo que somos, lo que hacemos y lo que tenemos (RV 2024, nº 58). Ella es la que nos ayuda a velar sobre la calidad de nuestras relaciones fraternas y a estar atentos unos con otros (RV 2024, nº 59). Una comunidad en la que hay confianza mutua es una comunidad que goza de buena salud. Por el contrario, cuando lo que predomina es la desconfianza, aunque estemos juntos en torno a Cristo, estamos sucumbiendo a la tentación del Maligno que busca dividirnos, separarnos, sembrar cizaña entre nosotros y llevarnos a la desconfianza de unos con otros.

Para crecer en la confianza en Dios y en nuestros Hermanos, Juan María de la Mennais nos propone que desarrollemos dos actitudes complementarias: el abandono en la Providencia y el conocimiento mutuo. Para él, cuando tratamos de ser dóciles y flexibles en las manos de Dios, aprendemos a la vez a comprender y a fiarnos del otro. La base de este doble abandono es la seguridad de que el Señor hace que todo suceda para el bien aquél que le ama. Para cultivar la confianza nuestro Padre fundador nos invita al conocimiento mutuo, Este aprendizaje paciente que nos permite ir

al otro sin miedo, "e incluso con una especie de alegría" que tranquiliza, valora y calma.²⁴

Reunirnos en torno a Cristo, es un llamamiento que debemos encarnar en el día a día. ¿Qué queremos decir con eso? El Señor nos convoca cada día a la vida fraterna en comunidad. Cada día nos pide que dejemos a nuestros padres, a nuestros amigos, nuestras barcas, nuestras redes y nuestras actividades para empezar a caminar junto a Él. Cada día nos llama a conocerle mejor y a amarlo más. Todos los días estamos llamados a ser hermanos de nuestros Hermanos en comunidad. En una palabra, se trata de vivir la mística de la fraternidad en la vida diaria. Ésa es la gracia que debemos pedir al Señor sin cesar: que nos haga hermanos, Él que nos ha reunido.

Para ayudar a los Hermanos a vivir la mística de la fraternidad en el día a día, Juan María de la Mennais les pedía que celebraran juntos sus principales ejercicios de piedad. "Sin eso, —escribía al H. Porphyre-Marie, el 20 de febrero de 1844— *no existe comunidad, ni fervor y se acaba por perder completamente el espíritu religioso.*" Le recordaba también que "todos los Hermanos deben estar juntos en los recreos y en los paseos". "Si cada uno va por su lado, —le decía al H. Adolphe, el 29 de junio de 1846— *siguiendo sus apetencias personales, la comunidad deja de existir.*" Ahora comprendemos mejor la insistencia de nuestra Regla de Vida sobre la dimensión comunitaria de nuestra vida espiritual cuando nos dice:

"La vida fraterna en comunidad se fundamenta en la Palabra de Dios y la Eucaristía. Los Hermanos, juntos, se responsabilizan de su vida espiritual. Juntos meditan la Palabra de Dios, celebran el Oficio Divino y participan en la Eucaristía." (RV 2024, nº 57)

La construcción de nuestro vivir juntos en torno al Maestro, exige igualmente un compromiso a largo plazo de los miembros de la comunidad. Ahora bien, el tiempo implica paciencia. Esta virtud es la que ofrece a tantas personas generosas, tejer lazos de fraternidad, sólidos, estables y firmes.²⁵ Como una casa que se levanta piedra sobre piedra, la paciencia ayuda a crear ese magnífico espacio donde cada uno encuentra su lugar.²⁶

²⁴ Juan María de la Mennais, CG III, 486.

²⁵ Papa Francisco, *ibid.*, nº 190.

²⁶ Papa Francisco, *Fratelli tutti*, nº 198.

Para Juan María de la Mennais, la delicadeza es la que mejor expresa nuestra paciencia con el otro, cuando se trata de ayudarlo a avanzar al ritmo de la vida fraterna en comunidad. Este valor nos enseña a evitar *“terminar de romper la caña cascada”, “acabar de apagar la mecha que aún humea”* y *“hacer el menor daño a quienes más nos han ofendido”*. De esta forma, cuando damos tiempo al otro para que crezca a su ritmo, estamos dando testimonio del evangelio de la fraternidad. Por eso, nuestra Regla de Vida nos anima a mostrarnos abiertos a los más jóvenes y dispuestos a ayudarles, así como a mostrar una deferencia profunda y muy especial a los Hermanos mayores, a los enfermos y a los más probaos (RV 2024, nº 59).

3- Congregados para estar con el Señor.

“Después subió al monte y llamó a sí a los que él quiso, y vinieron a él. Designó entonces a doce para que estuvieran con él” (Mc 3, 13-14). En este pasaje, Marcos nos recalca que el Señor nos llama y nos reúne *para que nos quedemos a su lado*. Ésa es la primera misión que nos confía. Su prioridad es, que seamos sus compañeros de vida. No se trata, en primer lugar, de *“hacer”* sino de *“ser”*. El verbo congregar, - en griego es *“poiein”* - añade un elemento interesante: estamos llamados a ser sus amigos íntimos, no de pasada, sino de forma permanente. Nos congrega para que vivamos con Él y para compartir su vida.

El motivo principal de la llamada y del vivir juntos de los Doce en torno a Jesús, tiene sus raíces en el deseo *‘estar con Él’*. Por consiguiente, cuanto más nos acerquemos a Él, tanto más bella, gozosa y sólida será nuestra vida fraterna en comunidad. Efectivamente, muchas de nuestras dificultades comunitarias, son problemas de orden espiritual. No pasamos demasiado tiempo a los pies del Señor, como María, la hermana de Marta y de Lázaro (Lc 10, 38-42). ¿Cómo puede ser posible, que un Hermano pueda negar el saludo a otro miembro de la comunidad, en la mañana, después de haber rezado juntos los laudes, meditado la Palabra de Dios y celebrado la Eucaristía? El amor a Jesús, ¿no debería alimentar nuestra caridad fraterna? La parábola de Jesús sobre las dos casas proporciona una clave de lectura interesante. Efectivamente, aquél que escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica, es comparable al hombre que construyó su casa sobre roca. La lluvia, las tormentas y los vientos no pueden nada contra ella. A quien no lo hace así, le ocurre todo lo contrario, A la menor tempestad, todo se viene abajo (Mt 7, 2-27). Únicamente una comunidad cimentada en Cristo, Verbo Divino, resiste las sacudidas que provienen del *‘ser-hermanos-juntos.’*

Meditando el pasaje del evangelio en el que Jesús es acogido por Marta y María, el papa León XIV nos recuerda que, sería erróneo oponerse a la actitud de estas dos mujeres. Afirma:

“El servicio y la escucha, de hecho, son dos dimensiones gemelas de la acogida.

En primer lugar, en nuestra relación con Dios. Si bien es importante que vivamos nuestra fe en las acciones concretas y en la fidelidad a nuestros deberes, según el estado y la vocación de cada uno, también es fundamental que lo hagamos partiendo de la meditación de la Palabra de Dios y de la atención a lo que el Espíritu sugiere a nuestro corazón, reservando, para tal fin, momentos de silencio, momentos de oración, tiempos en los que, acallando ruidos y distracciones, nos pongamos ante Él y logremos unidad en nuestro interior. Esta es una dimensión de la vida cristiana que hoy necesitamos recuperar particularmente, tanto como valor personal y comunitario, que como signo profético para nuestros tiempos: dar espacio al silencio, a la escucha del Padre que habla y «ve en lo secreto»” (Mt 6, 6).²⁷

Eso sería ‘escoger la mejor parte’, como hizo María, la hermana de Marta y de Lázaro.

En nuestra vida fraterna en comunidad, encontramos muchas ocasiones para ‘aprender a estar’ con Jesús. La Liturgia, de las Horas es una de ellas. Rezar y cantar juntos los salmos, nos introduce en la alabanza y la oración de la Iglesia, pueblo de Dios. Cristo está en medio de nosotros, porque nos hemos reunido en su nombre. La fidelidad a los 30 minutos de meditación nos permite estar juntos, en silencio, escuchando al Señor. ¡Qué bonita ocasión para levantar el edificio de nuestra vida fraterna sobre la roca que es la persona de Cristo!

La Eucaristía es la cima y la fuente de nuestro ‘estar con Cristo’,. el Señor en comunidad. En este sacramento, Cristo se da a todos nosotros, nos alimenta y forma, con nosotros el cuerpo místico. *“Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan”* (1 Co 10, 17). Así, cada vez que celebramos juntos el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo, nos renovamos y

²⁷ Papa León XIV, Homilía en la catedral de Albano, 20 de julio de 2025.

profundizamos en nuestra comunión fraterna, armonizamos nuestras diferencias, nos curamos las heridas unos a otros, nos purificamos y reforzamos nuestro mutuo amor. Con razón nuestra Regla de Vida subraya el vínculo fundamental que existe entre la comunidad, la oración y la Eucaristía.:

“La vida fraterna en comunidad se fundamenta en la Palabra de Dios y la Eucaristía. Los Hermanos, juntos, se responsabilizan de su vida espiritual. Juntos meditan la Palabra de Dios, celebran el Oficio Divino y participan en la Eucaristía.” (RV 2024, nº 57)

Cuando nuestros pecados y nuestras carencias rompen los lazos de nuestra unión fraterna, debilitan al mismo tiempo nuestro deseo de quedarnos con el Señor. El sacramento de la reconciliación está ahí para ayudarnos a poner orden en nuestras prioridades y a volver a la casa paterna donde seremos acogidos con gozo y corazón de fiesta (Lc 15, 11-32). La reconciliación con nuestros Hermanos es la primera ofrenda que el Señor espera de nosotros (Mt 5, 11-32) y la que más le agrada.

Como nos lo ha recalcado el evangelista Lucas, el Señor nos llama y nos reúne para estar con Él. Para ser fieles a esta primera misión, que nos confía, estamos invitados a prestarnos ayuda mutua y apoyo en todo lo que atañe a nuestra vida espiritual.

3.1- Cultivar el silencio interior.

Es necesario volver a aprender el camino de nuestro corazón y a volver a descubrir el valor del silencio. Ahí es donde el Señor nos volverá a encontrar y donde nos va a hablar. Ese recogimiento interior nos va a permitir escuchar la voz del Señor, que no se halla, ni en la tempestad ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en el susurro de una brisa ligera (1 Re 19, 11-12). Es fuente de fecundidad para nuestra vida espiritual. En el silencio de Nazaret es donde el Verbo de Dios tomó carne en el seno de la Virgen María.

En la era de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación que tienden a dispersarnos y a alimentar nuestros ruidos interiores y exteriores, estamos invitados a reservarnos espacios de silencio, para que, como María podamos guardar en nuestro corazón el tesoro de la Palabra del Señor (Lc 2, 51). ¡No tengamos miedo de cultivar el gran silencio de la noche, el de los momentos de retiro, de adoración al Santísimo, el de

la meditación y el de la contemplación ante el sagrario y, sobre todo, el silencio del retiro anual! En el silencio de la noche es cuando cae el rocío del cielo, el que fecunda, toda nuestra tierra para que produzca frutos en abundancia.

3.2- Cuidar la oración personal, muy especialmente la meditación de la mañana y la adoración de la tarde.

La primera insistencia a la que estamos llamados todos es a la fidelidad diaria a la oración. Sin ella, nuestra misión se volverá vacía, perderá su alma profunda, se reducirá a un simple activismo que, al final nos dejará insatisfechos. Pero cuando nuestra oración se alimente de la Palabra de Dios, podremos ver la realidad con una mirada nueva, con los ojos de la fe. El Señor, que habla al alma y al corazón, iluminará, nuestro camino con una luz nueva y tendremos la firme convicción de que Él siempre nos precede.

Hoy, la crisis que conoce la vida consagrada depende, en parte, del abandono lento y progresivo de la escucha orante y diaria de la Palabra de Dios. Al mismo tiempo, el resurgimiento de comunidades, llamadas “nuevas” y la existencia de conversiones “personales” no están desligadas del descubrimiento o redescubrimiento de la Palabra. Es una llamada a enraizar, cada vez más, nuestra vida espiritual en la Palabra del Señor, la roca sólida de nuestra casa interior. Por eso, la meditación, como nos recuerda nuestra Regla de Vida, es el ejercicio espiritual más necesario de todos. Así, gracias a frecuentar diariamente la Palabra, aprender a *“contemplar el amor de Cristo «nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las carencias de los demás, nos hace fuertes para participar en su obra de liberación, como instrumentos para la difusión de su amor”²⁸. “bebiendo de ese amor nos volvemos capaces de tejer lazos fraternos, de reconocer la dignidad de cada ser humano y de cuidar juntos nuestra casa común”²⁹*

Para la meditación, no nos van a faltar ayudas. Se nos aconseja prepararla antes de ir a la cama. La lectura espiritual es también una buena preparación lejana. La disciplina personal que ayuda a mantener un sano equilibrio entre el trabajo y el reposo es, por otra parte, indispensable para perseverar en la oración. Experiencias de compartir la oración, pueden también, ser útiles para algunos Hermanos en un momento dado de su camino.

²⁸ Papa León XIV, Dilexi Te, nº 2.

²⁹ Papa Francisco, Dilexit nos, nº 217.

Donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón. Aprendamos a hacer de la meditación nuestro tesoro. ¡Ojalá que sea la perla preciosa de nuestra vida! Aquella que, por comprarla, estamos dispuestos a venderlo todo (Mt 13,45-46).

3.3- Cuidar la Eucaristía.

Fuente y cima de la vida cristiana, la Eucaristía es el lugar pedagógico por excelencia en el que, cada cristiano queda invitado a dejarse conquistar por Dios. Ahí es donde el Señor nos cura, perdonando nuestros pecados. Cuando su Palabra llega a nosotros en nuestro camino de Emaús (Lc 24, 13-39) Él nos enseña a iluminar nuestro corazón para acercarnos a la verdad. Nos damos cuenta de lo lento que es nuestro corazón para creer y de que somos ciegos y sin inteligencia. Cuando aceptamos caminar con Él, nos infunde aliento y sentido. Cuando le acogemos en nuestra casa para partir el pan, Él nos invita a volver a Jerusalén donde nos esperan los demás hermanos.

A ejemplo de los discípulos de Emaús, compartir el pan de la Palabra y de la Eucaristía, es la mejor escuela para hacer revivir en nosotros la llama de la esperanza. Seremos así, centinelas de la aurora, siempre preparados para reconocer la presencia del Señor al borde del camino de nuestras vidas.

3.4- Formarnos.

La formación permanente es el pan que nos permite alimentarnos para no desfallecer por el camino. Seguir formándonos, es la llave que nos abre la puerta a una fidelidad creativa que prepara odres nuevos para el vino nuevo.

Aprender a frecuentar diariamente al Señor a través de los recursos que nos ofrecen los tiempos litúrgicos de la Iglesia y los diversos documentos de la Congregación, de la Provincia o del Distrito, es una buena manera de expresar nuestra disponibilidad a dejarnos formar por el Padre y a ponernos en sus manos. De esta forma, transformemos cada situación de nuestra vida en un *“kairos”* que nos enseñe a discernir la llamada del Señor y a profundizar la calidad de nuestra presencia ante él.

4- Congregados para vivir como hermanos.

“Jesús subió al monte y llamó a los que quiso, y vinieron a él. Designó entonces a doce para que estuvieran con él, para enviarlos a predicar la Buena Nueva” (Mc 3, 13-14). Después de haber meditado sobre la primera

misión de nuestra vida fraterna en comunidad, que consiste en estar junto al Señor, queremos ahora profundizar en la segunda. El Señor nos ha congregado también para que proclamemos la Buena Nueva, primero a nuestros Hermanos, con los que vivimos en comunidad. Nuestra primera predicación es pues, dar testimonio del Evangelio de la fraternidad a nuestros vecinos más próximos. En los Hechos de los Apóstoles, Lucas ilustra muy bien esta realidad cuando afirma: *“Todos los creyentes, que ya eran muchos, pensaban y sentían de la misma manera. Ninguno decía que sus cosas fueran solo suyas, sino que eran de todos”* (Hch 4, 32). También los primeros cristianos *“Todos se mantenían firmes en las enseñanzas de los apóstoles, compartían lo que tenían y oraban y se reunían para partir el pan”* (Hch 2, 42).

Concretamente, la evangelización mutua a la que estamos llamados puede tener mil caras: El perdón diario, la paciencia en las pruebas, la ayuda mutua fraterna, el servicio discreto y callado. Obrando así, hacemos a nuestros Hermanos los primeros destinatarios del Evangelio. Parafraseando al papa Francisco, podríamos decir que nuestra vida fraterna en comunidad no se refuerza por proselitismo, sino por atracción.³⁰ No podría ser de otra manera si queremos anunciar la Buena Nueva de la fraternidad a los niños y a los jóvenes que nos han sido confiados.

Para vivir como hermanos y dar así testimonio de la belleza de la vida fraterna en comunidad, se nos invita a prepararnos para hablar simultáneamente en armonía cinco lenguas. ¿Cuáles?

4.1- La lengua de la compasión.

Vivir como hermanos significa cuidarse el uno al otro. En la parábola de Lucas (Lc 10, 25-37) el sacerdote y el levita ven al hombre herido al borde del camino y pasan sin hacer nada, mientras que el samaritano mira y siente compasión. ¿Qué hace luego? Se acerca, le cura las heridas con aceite y vino, le carga en su propia montura y le lleva al albergue. En realidad, es su mirada compasiva la que le lleva a ver en el otro a alguien que necesita su ayuda, a mancharse las manos y a cuidarle. Ya al principio, los primeros cristianos. Aprendieron a hablar el lenguaje de la misericordia. De hecho, cuando se enteraron de que sus hermanos de Judea sufrían hambre, les enviaron ayuda, cada uno lo que pudo (Hch 11, 29). De hecho, los diáconos, por su parte, fueron creados para cuidar a los más frágiles, entre ellos las viudas de Grecia. (Hch 6, 1-7)

³⁰ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n° 14.

En nuestra vida fraterna en comunidad, son numerosas las ocasiones en las que podemos aprender a hablar la lengua de la compasión: velar a un hermano enfermo, escuchar a otro que está desanimado, ofrecer nuestra ayuda al que está sobrecargado de trabajo, animar al que se encuentra triste. Así, la fraternidad se construye con estos pequeños gestos que expresan nuestra cercanía, nuestra delicadeza y nuestra atención hacia los más frágiles. Cuando aceptamos ‘mancharnos las manos’ salimos de nuestro camino, perder nuestro tiempo, cargar a alguien sobre nuestros hombros, acercarnos a la cuneta para ayudar a alguien, entonces estamos aprendiendo a hablar la lengua en la escuela del buen samaritano, a hablar armoniosamente la lengua de la compasión que nos convierte en prójimos de nuestro hermano, pero no hablando sino con actos bien concretos de atención real.

4.2- La lengua de las bienaventuranzas.

Vivir como hermanos es, igualmente, encarnar el espíritu de las bienaventuranzas (Mt5, 3-12). Practicamos la pobreza de corazón, cuando nos damos cuenta de que nos necesitamos unos a otros y de que cada miembro de la comunidad siempre tiene algo que compartir. Eso fue lo que vivieron los primeros cristianos vendiendo todo lo que poseían y entregando a los demás lo que habían sacado (Hch 2, 45). Predicamos la bienaventuranza de la dulzura cuando somos artesanos de paz en nuestras comunidades, cuando el aceite de la caridad suaviza nuestro trato y cura nuestras heridas. Encarnamos en nosotros a los que tienen hambre y sed de justicia, cuando trabajamos por la verdad y la transparencia en nuestras relaciones. Ese era el motivo de la corrección fraterna en las primeras comunidades cristianas. ¿No es verdad que Pablo llamó la atención a Pedro, en Antioquía cuando éste empezó a cambiar el trato con los fieles de origen pagano, por miedo a lo que pudieran decir los de origen judío? (Ga 2, 11-21) Practicamos el ser misericordiosos cuando llegamos a perdonar a nuestros hermanos. El ejemplo más elocuente de los Hechos de los Apóstoles es el perdón de Esteban (Hch 7, 60), que interpeló la conciencia de Saulo de Tarso y que preparó su corazón para la acogida de la fe cristiana.

En nuestra vida comunitaria, las bienaventuranzas constituyen nuestra carta de presentación. Seremos fieles a ellas cuando cultivemos diariamente, en nuestro trato fraterno, la humildad y la dulzura. Las viviremos si practicamos el perdón mutuo. Las cumpliremos si buscamos la verdad en el amor y si nos enseñamos unos a otros a corregir a nuestros

Hermanos con delicadeza y caridad. Las pondremos en práctica si compartimos lo que somos, siendo artesanos de paz y de reconciliación en nuestras comunidades. ¡Felices de nosotros si hablamos armoniosamente la lengua de las bienaventuranzas! De esta manera la santidad tendrá un rostro verdaderamente³¹ hermoso.

4.3- La lengua de las relaciones.

Vivir como hermanos es también aprender a hablar armoniosamente la lengua de las relaciones. ¿Qué queremos decir con eso? Consiste en poner en práctica en el día a día, cinco principales valores, el altruismo, el servicio, la amabilidad, el buen humor y la gratitud.

El **altruismo** nos ayuda a salir de nosotros mismos para abrirnos realmente a nuestros hermanos, a sus alegrías, a sus penas y a sus preocupaciones. Es una buena metodología para pasar del “yo” al “nosotros”. *“Cuando un hombre quema la madera muerta de sus particularidades en el fuego, cuando permite que la palabra del otro se propague en un silencio que atruena, sucede que al desvanecerse, se convierte realmente en sí mismo ofreciendo una presencia”*³² auténtica en el otro. El profeta Juan Bautista nos educa en este **altruismo**, cuando aceptamos que es necesario que el otro crezca y yo disminuya, con esto se engrandece la vida fraterna y nos convertimos en la voz que clama en el desierto, pidiendo que preparemos el camino al Señor (Jn 1, 23). Ése es el secreto para hacer crecer la alegría del ‘vivir juntos’.

El **servicio** nos enseña a imitar al Maestro que vino, no para ser servido, sino para servir y dar su vida (Mt 20, 28). Ése es el ejemplo que nos dejó la noche del Jueves Santo cuando lavó los pies a sus discípulos (Jn 13, 1-17). Con este gesto, Jesús transforma nuestra mirada sobre los demás que no son ya adversarios, sino hermanos a quienes amar y servir. Por este mismo camino, María nos enseña su ‘saber estar’ al servicio del otro. En la Anunciación, el Ángel Gabriel le informa de que su prima Isabel espera un niño. Inmediatamente atraviesa montes y valles para ir a ayudarla (Lc 1, 39-40). Lo primero fue la alegría del encuentro entre estas dos mujeres, luego entre Juan Bautista y Jesús. Ser, como hizo María, es contribuir a construir una vida fraterna gozosa, radiante y fecunda.

³¹ Papa Francisco, Gaudete et Exsultate, n° 9.

³² Jean-Louis Chrétien, L’inouï, p. 127.

La **amabilidad** se manifiesta en la capacidad de adelantarse al otro. Permite anticiparse a las necesidades y deseos del otro. Esta cualidad fue la que empujó a Lidia, la comerciante originaria de Tiatira a abrir las puertas de su casa a Pablo y a sus compañeros (Hch 16, 11-15). Al tomar la iniciativa de acoger en su casa a los mensajeros, convierte su hogar en la primera iglesia doméstica de Europa. En otros términos, cultivar la amabilidad constituye otra forma de fecundidad para nuestra vida fraterna en comunidad.

El **buen humor**, se define como la capacidad de reírse de uno mismo, de no tomarse las cosas demasiado en serio. Desdramatiza las tensiones y los conflictos, cuida todo lo que podría dañar o herir al otro, teje nuevos lazos allí donde se han roto. La Siro-Fenicia es el ejemplo por antonomasia (Mt 15, 25-28). No se toma demasiado en serio la respuesta de Jesús y le responde que *‘también los perros pueden comer alguna migaja de la mesa de su amo.’* Una situación que parecería estar en su contra le permite saltar por encima y tejer relaciones más sólidas con su interlocutor, consiguiendo así lo que quería. Saber poner humor en nuestra vida es otra manera de ser fecundos en nuestras relaciones interpersonales.

En un mundo en el que la actividad prima sobre las relaciones, en el que todo se compra, la **gratitud** quiere dar prioridad al *‘esta rjuntos’*. Antes que nada, eso puede expresarse a través del juego que permite abordar la vida con relajación y sentido festivo. Es una dimensión esencial para cuidar nuestro equilibrio humano, porque prioriza el contacto, el estrechar lazos y la atención al otro. Por eso es importante *“desarrollar actividades gratuitas y sencillas, que unan a las personas y aglutinen a los miembros de las comunidades”*.³³ También, una segunda manifestación, sería el *reposo*, esa sabiduría que evita que nos hundamos en el activismo. Nos ayuda a leer nuestra vida y nuestras acciones con más justicia y más retrospectiva. *“Permite actuar con un ritmo más equilibrado para conciliar la misión, la gratuidad y la contemplación”*.³⁴ El rey David, que baila delante del arca, (2 Sm 6, 14) expresa bien esa dimensión lúdica, simple y desinteresada que debe darse en nuestra vida fraterna. Saber estar juntos para disfrutar de una fiesta, para reírnos, para bailar y para llorar, una magnífica baza para vivir la dimensión profética de nuestra vocación a la fraternidad.

³³ François Bustillo, *Pasemos a la otra orilla – Una vida religiosa renovada*, p. 21.

³⁴ François Bustillo, *ibid.*, p. 22.

4.4- La lengua del amor fraterno.

Vivir como hermanos es, igualmente, ayudarnos unos a otros a hablar armoniosamente la lengua del amor fraterno que tiene cinco acentos propios.

El primero es, *aprender a amar a nuestros enemigos*, A primera vista, algunos cohermanos, estarían tentados de decir que ellos no alimentan ni el odio ni el rencor contra nadie. Pero, si ahondamos un poco, descubrimos que ese miembro de la comunidad que, habitualmente, habla alto por los pasillos o ése otro que cierra las puertas a golpes, causan en todos rabia, irritación y molestias. En realidad, *“el enemigo, según el evangelio, es aquel que debilita mi integridad espiritual y afectiva y con el que tengo, cada poco, dificultades de relación que ralentizan nuestro camino hacia la comunión. En comunidad el enemigo “evangélico” subraya las diferencias y la distancia invisible pero real que nos separa”*³⁵

Para crecer en el amor a nuestros enemigos, Santa Teresa del Niño Jesús, nos indica el camino de la sonrisa y del servicio alegre. A una cohermana que encontraba particularmente nerviosa, la santa elije deliberadamente sonreírle e incluso servirle con una sonrisa. Ésa era su pedagogía *‘de ayunar y perfumarse el rostro’* para que nadie note su sacrificio, menos el Padre, que ve en lo escondido (Mt 6, 17-18).

El segundo acento es *amar con misericordia*. Esto nos lleva a llenarnos de amor y compasión hacia quien está lleno de fragilidad y de vulnerabilidad. Ésa fue la actitud de Sem y de Jafet para con su padre Noé (Gn 9, 22-23). Cuando Cham les dice que su padre está desnudo y borracho, los dos cogieron un manto, se lo pusieron sobre los hombros y poniéndose de espaldas cubrieron su desnudez. ¡Qué elegante gesto de pudor y de delicadeza filial! Hoy, nos toca a nosotros ser ese manto, no para tapar el mal que pueda hacer un cohermano, sino para evitarle la humillación y testimoniarle nuestro respeto y nuestra comprensión.

El tercer aspecto, nos invita a *amar sin juzgar ni condenar*. Es la dimensión más ascética del amor que conlleva una verdadera conversión interior. El ejemplo típico es, la actitud de San Francisco de Asís que se baja del caballo para abrazar al leproso. Con este gesto, manifiesta que no ve en él un enfermo del que hay que alejarse, sino a un hermano al que hay que acoger, respetar y amar. Ése es el camino que debemos emprender si queremos amar a nuestros Hermanos como el Señor, que no juzga ni condena a nadie.

³⁵ François Bustillo, *ibid.*, p. 167-168.

El cuarto acento, nos exhorta a *amar perdonando*. En nuestra vida fraterna en comunidad, el perdón es fundamental si queremos vivir libres y liberados. Sin él, nuestra capacidad de amar es frágil. Somos prisioneros de nuestra esclavitud de Egipto. Nuestra memoria está herida. ¿No sigue habiendo Hermanos que recuerdan, años más tarde, una palabra o una actitud que les hirió? En el camino del perdón, José, el hijo pequeño de Jacob, nos brinda una buena actitud:

“José es un hombre reconciliado, ha hecho su camino y ha perdonado. Ha sido capaz de dominar su instinto de venganza que habría mantenido un sentimiento de violencia dentro de él. Ahora puede reconfortar a sus hermanos para que no vivan con sentimientos de culpabilidad y con miedo. Es capaz de decir palabras liberadoras.”³⁶

Felices de nosotros, si, hemos aprendido a amar perdonando. Con ello seremos libres para poder ser artesanos de paz y de reconciliación en nuestras diferentes comunidades de vida y de misión.

El último acento, nos lleva a *amar dándonos*. Consiste en ofrecer lo mejor de nosotros para el bien del otro. Eso es lo que quiso expresar la mujer en la casa de Simón cuando echó por la cabeza de Jesús, un frasco de perfume precioso (Mt 26, 6-12). *“La sencillez de este gesto revela algo grande. Ningún gesto de afecto, ni siquiera el más pequeño, será olvidado, especialmente si está dirigido a quien vive en el dolor, en la soledad o en la necesidad, como se encontraba el Señor en aquel momento.”³⁷*

Felices de nosotros, si nos entrenamos a hablar armoniosamente la lengua del amor fraterno aprendiendo a amar hasta el fin, con misericordia, sin juzgar ni condenar, perdonando y dándonos gratuitamente. Entonces, seremos plenamente fieles a nuestra vocación a la fraternidad.

4.5- La lengua del carisma menesiano.

Vivir como hermanos, significa, por último, aprender a hablar la lengua del carisma menesiano cuyos primeros rudimentos son la humildad y la caridad.

Para Juan María de la Mennais, la humildad es la virtud que nos impulsa a reconocer nuestros límites y, al mismo tiempo, a valorar las cualidades de los demás. Nos ayuda, también, a aprender de nuestros

³⁶ François Bustillo, *ibid.*, p. 180.

³⁷ Papa León XIV, *Dilexi Te*, nº 4.

Hermanos. Aportándonos criterios para identificar a los Hermanos humildes de la comunidad, nuestro Fundador, nos anima, al mismo tiempo, a imitarlos.

“¿Quieren saber quiénes son los verdaderamente humildes de una comunidad? Son los que siempre y a cualquier hora, en las cosas más simples como en las más grandes, renuncian sin quejarse, a su voluntad para cumplir la de Dios, que saben adaptarse, que son dóciles, que desconfían de sí mismos, que se dejan colocar, conducir y, por así decirlo, manejar, con sencillez de niño; son los que se complacen en no ser nada, a no ser ‘importantes’, que desean de buena fe ser los más despreciados, los más olvidados y los que más dependen de los demás.”³⁸

Juan María de la Mennais presenta la caridad como un arte para vivir la vida fraterna en comunidad. Se hace realidad cuando somos modelos de dulzura y de paciencia para los demás y cuando nos prestamos mutuo apoyo para ir a Dios y cumplir con su obra.

“¡Que el amor fraterno reine siempre entre los miembros de la misma comunidad! ¡Que cada uno sea feliz con la alegría de los demás y que sufra con sus penas! ¡Que nos prestemos —para ir a Dios y cumplir con sus obras— un mutuo apoyo, evitando los enfrentamientos, las rivalidades, las secretas envidias, las palabras de reproche, ... y todo lo que hiera, todo lo que divida o altere la caridad!”³⁹

Cuando ejercemos la humildad y la caridad, nos damos la mano para crecer juntos en nuestra vida fraterna en comunidad y así, aprendemos, progresivamente, a hablar armoniosamente la lengua del carisma menesiano.

³⁸ Juan María de la Mennais, S II, 650.

³⁹ Regla de 1835.

CAPÍTULO III.

HERMANOS DE TODOS

La página del evangelio del envío en misión de los setenta y dos discípulos (Lc 10, 1-11) nos ofrece una hermosa oportunidad para profundizar el aspecto misionero de nuestra vida fraterna en comunidad. Sin embargo, necesitamos hacer dos observaciones. En primer lugar, el número setenta y dos se refiere a las setenta y dos naciones que habitaban el mundo según la tradición judía (Gn 10, 1-32). Indica que la misión de anunciar el evangelio nos concierne a todos. Seguidamente, Jesús envía a los discípulos de dos en dos para subrayar la dimensión comunitaria del apostolado. Ése es el camino que el Maestro nos invita a seguir si queremos ser hermanos de todos. Para cumplir esta misión el Señor nos envía:

- Delante de Él
- Como corderos
- Para llevar la paz
- Para curar a los enfermos.

1- Delante de Él.

“Después de estas cosas, el Señor designó también a otros setenta y dos, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir. Y les dijo: «La mies a la mies es mucha, pero los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Lc 10, 1-2).

En este pasaje, el evangelista Lucas define la misión fundamental de los discípulos: ir delante del Señor para preparar su llegada. Nadie se puede atribuir a sí mismo ese tal apostolado. La iniciativa es del Maestro. Escoge y envía de dos en dos a quien Él quiere. Recuerda a sus discípulos misioneros tres verdades importantes: en primer lugar, la cosecha es abundante. Luego, los obreros son pocos y por último esos obreros son simples servidores que deben pedir al Señor de la mies, que envíe muchos más.

Ir de dos en dos delante del Señor, es la misión que el Señor nos ha confiado. Pero ¿cómo entenderla? y, sobre todo, ¿cómo cumplirla bien? Habrá que tener en cuenta dos elementos importantes: “*juntos*” y “*delante del Señor*.”

1.1- Ir juntos.

Ir juntos, es la propuesta profética que el Señor espera de nosotros en este mundo, cada día más individualista. Haciéndolo así, como discípulos de Jesús, transmitimos a la humanidad herida el amor y la ternura de Dios. Enseñamos al mundo, que todos pertenecemos a la gran familia de Dios y que somos todos hermanas y hermanos. Por consiguiente, le llevamos la Buena Noticia de la fraternidad, esa lamparita, que no se debe poner debajo de un celémín, sino, en un candelario, ¡bien alto!, para que alumbre toda la casa (Mt, 5, 15).

¡A ir juntos se aprende! Es la mejor pedagogía para preparar la venida del Señor. No es otra cosa que esforzarnos por vivir cada día la fraternidad sinodal que nos promete, la participación y la corresponsabilidad, por ello, nadie es apartado ni debería poder apartarse, aunque signifique adoptar el ritmo del otro. Ésa es la única metodología que existe, para caminar junto con otros, como discípulos del Señor, que somos. También lo corrobora este hermoso proverbio africano: *“Si quieres ir rápido: vete solo, si quieres ir lejos: ve acompañado.”*

Aprender a caminar juntos, exige la escucha y la confianza recíprocas. Es un bonito ejercicio de buscar juntos, como a tientas, el mejor camino para ir delante del Señor. Eso significa comprobar continuamente con el otro, la calidad de nuestra escucha. Este verdadero acto de humildad ¡nos pide acercarnos al otro, de rodillas!

Aprender a ir juntos, nos anima, igualmente, al dialogo, que se define como una conversación para convertirnos a la fraternidad. Este camino nos educa a la empatía que nos permite compartir las alegrías de los que son felices, las penas de los que sufren y las preocupaciones de los que piden ayuda. Magnífica pedagogía para ser compañeros de camino con nuestros hermanos, a la vez que les anunciamos el evangelio de la fraternidad.

1.2- Ir delante del Señor.

Ir delante del Señor, es la misión confiada a todo discípulo de Cristo, ayer y hoy. Para cumplirla adecuadamente, el Profeta Juan Bautista nos indica el camino: compartir la justicia, la amabilidad, y la verdad (Lc 3, 10-

17). En efecto, pedía a los que tenían dos túnicas, que diesen una al que estaba desnudo y que dieran de comer al que tuviera hambre. Animaba a los recaudadores de impuestos a que fueran justos, cumpliendo la ley, con estricto respeto, a los soldados a vivir los valores de la amabilidad y de la verdad. Así pues: compartir, ser justos, ser amables y decir la verdad, son caminos concretos de fraternidad cuyo objetivo principal es preparar los corazones para acoger a Jesús, nuestro hermano mayor.

Ir delante del Señor significa, igualmente, llamar a la conversión (Mt 3, 1-17), por la predicación, pero, sobre todo, por el testimonio de vida. En efecto, Juan era la voz que gritaba en el desierto pidiendo con la palabra, pero, sobre todo con el ejemplo, preparar el camino al Señor, pero él mismo, estaba vestido con pieles de camello y se alimentaba de saltamontes y de miel silvestre. Su predicación y su ayuno dieron sus frutos: la gente se convertía y pedía ser bautizada. Se incorporaban a la familia de los hijos de Abraham.

Ir delante del Señor nos compromete, de la misma manera, a dar testimonio de la luz que es Cristo (Jn 1,7-8), incluso si eso nos lleva al martirio, como fue el caso de Juan Bautista, cuando todavía vivía Jesús (Mt 6, 14-29). Ése es el precio que tenemos que pagar para conquistar el Reino de los Cielos (Mt 11, 12). Es la esperanza del grano de trigo que, acepta morir para poder dar fruto (Jn 12, 24). Ésa es la misma vocación y misión del discípulo: mermar para que medre el Maestro. (Jn 3, 30)

Para ir delante del Señor al encuentro de los niños y de los jóvenes, la figura del Buen Pastor nos ofrece una pedagogía interesante. Jesús, en tres ocasiones, pide a Simón Pedro que sea el pastor de las ovejas (Jn 21,17-19). En la tradición de Joánica (Jn 10, 1-5) el Buen Pastor es un educador, es decir, alguien que conduce, que acompaña y que sirve. El propio evangelista, la atribuye cuatro cualidades principales: primeramente, es el que llama primero a cada uno por su nombre y que se preocupa de cada oveja en particular. Después, su misión consiste en hacer que crezca, en ayudarlo a asumir riesgos y a tomar su propia vida más en sus manos. También, es el que va a la cabeza del rebaño, porque conoce el camino con sus subidas, bajadas y dificultades. Por último, da su vida sin medida, llegando entregarse a sí mismo.

Una pastoral educativa que se inspire en la pedagogía del Buen Pastor y que quiere caminar con el Señor, vela sobre la calidad de la atención y de la escucha personal para cada joven. Lo podemos verificar comprobando el tiempo que le consagramos. No se trata, en principio, de la cantidad, sino,

más bien, de calidad de nuestra presencia. Nuestra actitud debe transmitirle la seguridad de que escuchamos incondicionalmente, sin ofuscamiento, sin escandalizarnos de nada y sin que nos aburra o nos fatigue. Aprendemos a caminar a su lado, como el peregrino de Emaús, incluso, aunque a veces, por un cierto tiempo, recorramos el camino contrario. La escucha y la presencia que queremos regalar, indican el valor que la persona nos merece, sean cuales sean sus opciones de vida.

Esta pastoral busca también enseñarnos a acompañar el crecimiento de los niños y de los jóvenes, muy en especial el de los más frágiles. Está especialmente atento a no apagar la mecha que aún humea y a no acabar de romper la caña quebrada. Está preparado para descubrir caminos allí donde los demás sólo ven muros y para reconocer posibilidades allí donde otros sólo perciben riesgos, amenazas o peligros. Sabe tomar sobre sus hombros la oveja perdida o lastimada.

Al esforzarnos en caminar juntos e imitar al Buen Pastor, que va delante, en medio, o detrás de sus ovejas, nos convertimos en centinelas de fraternidad para todos los aquellos que el Señor nos envía para preparar su venida. Eso es lo que nos recuerda nuestra Regla de Vida cuando afirma:

“La comunidad es siempre una fraternidad para la misión». Está comprometida en la obra de evangelización, que debe actualizarse constantemente. En una actitud de búsqueda humilde y realista, revisa sus orientaciones, ajusta sus métodos y reflexiona sobre el valor de su testimonio.

Implicados con los Laicos en la escuela o en otros lugares de educación y evangelización, los Hermanos trabajan con ellos para construir una verdadera comunidad educativa que inspire y apoye a cada uno de sus miembros” (RV 2024, nº 66).

2- Como corderos.

“Andad y ved que os envío como a corderos en medio de lobos. Id; yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa ni monedero ni sandalias, y no os detengáis a saludar a nadie en el camino.” (Lc 10, 3-4)

En este pasaje de Lucas, el Señor nos propone una pedagogía para cumplir con la misión que nos ha confiado. Nos envía “como ovejas en medio de lobos”, También nos pide “no llevar ni alforjas, ni bolso, ni sandalias” y

“no saludar a nadie por el camino.” Con ojos humanos parece ser una misión difícil. ¿Cómo puede un cordero defenderse de un lobo? ¿Cómo puede alguien anunciar el evangelio sin dinero, sin alimentarse y sin llevar nada en los pies? Sin embargo, es este camino paradójico de fecundidad el que el Señor nos señala si queremos ser hermanos de todos.

En la literatura bíblica el término *“cordero”* tiene un significado muy fecundo. Para empezar, expresa el amor redentor. El Señor, acoge favorablemente a los recién nacidos del rebaño de Abel. La sangre del cordero pascual sobre los dinteles de las puertas protege a las familias de los hebreos. (Ex 12, 23) Juan el Bautista presenta a Jesús como *el cordero de Dios que quita los pecados del mundo*. (Jn 1, 23) Además, esta palabra, evoca dulzura: Isaías, compara al Siervo sufriente con un cordero dócil y manso que es conducido al matadero (Is 53, 7). Este vocablo, también nos lleva a la promesa de la fraternidad universal. El profeta Isaías, anuncia los días en los que *“el lobo vivirá con el cordero, el leopardo se acostará al lado del cabritillo, el ternero y la cría de león comerán juntos y un niño, será el que los conduzca”* (Is 11, 6).

Cuando el Señor *“nos envía como ovejas en medio de lobos”* nos está pidiendo que respondamos a la agresividad, con dulzura. Ésa es la bienaventuranza que estamos llamados a vivir en este mundo en el que reina la ley del más fuerte, en el que sólo se llega a la victoria por el camino de la violencia. Es el único camino a seguir para no aplastar, ni dominar y no responder con violencia a la violencia. ¿No nos dijo Jesús *“aprended de Mí, que soy manso y humilde corazón?”* Para este envío, nos invita también a aceptar nuestras propias vulnerabilidades. De hecho, se trata de desarmarnos para ir a anunciar la Buena Nueva de la dulzura por el camino de la fraternidad. El discípulo vulnerable aprende progresivamente a colocar su confianza en el Señor y abrir así un espacio para el auténtico encuentro con el otro. La experiencia cotidiana nos muestra que nuestras máscaras, nuestras protecciones, nuestros cascos nos alejan de aquellos a los queríamos llegar. El *cordero*, sólo puede contar con la bondad de quien le acoge. Eso se convierte en una oportunidad para que el otro, nos ofrezca lo mejor de sí. *“Lo más débil de mundo es lo que Dios ha escogido para confundir al más fuerte.”* (1 Co 1, 27)

Cuando Jesús *“nos envía como ovejas en medio de lobos”* nos invita, al mismo tiempo, a la pobreza. Nos invita a dejar de lado nuestras seguridades más elementales. Ir sin alforja y sin bolso significa ir sin dinero. Al separarnos de él, aprendemos a depender de Dios y de la bondad del

otro. Sin alforja no hay comida. Dejando nuestra casa, confiamos únicamente en la providencia del Señor, que viste a los lirios del campo, mejor que lo que se vistió Salomón con toda su gloria y poderío (Mt 6, 28-30). Sin sandalias, no estamos preparados para andar. Al aceptar caminar con los pies desnudos, aceptamos estar dispuestos a soportar la aspereza de las piedras del camino en nuestros pies. Al pedirnos que dejemos todo eso, Jesús quiere hacernos libres en Él y para el servicio a los demás. San Francisco de Asís, Santa Teresa de Calcuta, San Carlos Foucauld y tantos otros ¿no descubrieron que el desprendimiento de los bienes materiales les trajo otra riqueza espiritual que resplandeció mucho más que todas las rechazadas? Cuando vaciamos nuestro cuarto de todo lo que tenemos en él, es ¡para dejar más sitio a los que nos van a visitar!

Cuando Jesús *“nos envía como ovejas en medio de lobos”* nos invita también a no saludar a nadie. Con esta invitación, que muchos podrían considerar antisocial, el Maestro nos pide que vayamos directos a nuestro destino, a no perdernos en nuestras relaciones superficiales frente a las urgencias de nuestra misión. Lo que a Él le importa, son los lazos que se han de tejer entre las personas. A la Samaritana Jesús le pide de beber (Jn 4,7). Cuando pasa cerca de la casa de Zaqueo, levanta la vista y le invita a que baje del árbol, porque quiere hospedarse en su casa (Lc 19, 5). Esta sencillez de Jesús pone de manifiesto su profundo respeto por el otro. Cuando respetamos a una persona no le hacemos perder el tiempo y vamos enseguida a lo esencial del encuentro.

El misterio de la fraternidad al que el Señor nos llama consiste, no en evitar a los lobos o en transformarnos nosotros en uno de ellos, sino en seguir siendo corderos en el mismo corazón del peligro. Esta singular pedagogía es la que va a poder ayudarnos, con la gracia del Señor, a transformar al lobo. ¡Es posible! Basta con mirar a San Francisco de Asís que daba de comer al lobo Gubbio con su dulzura. Este animal feroz que aterrorizaba a la ciudad se volvió dulce ante un hombre desarmado que no se oponía a él, más que con la confianza en Dios y con su amor a todos los seres creados. ¿Por qué no recordar también el perdón de Santa María Goretti a su verdugo Alessandro Serenelli? Ése fue el punto de partida en la conversión de esta persona, que pasó el resto de su vida como Hermano Terciario Franciscano.

Este ministerio de fraternidad conduce, igualmente a un vuelco radical: un niño conduce al lobo y al cordero (Is 11, 6). El secreto de esta revolución es la confianza que ayuda al niño a permanecer ante el lobo y a

ver en el cordero un amigo y un compañero de juego. Eso no es otra cosa que la infancia espiritual preconizada por Santa Teresita de Liseux. Ella la define como *“el dulce camino del amor y de confianza, abierto por Jesús a los pequeños y a los pobres. Es el camino del gozo verdadero”*⁴⁰. Cuando entramos en el camino de la infancia espiritual, nos convertimos en artesanos de la reconciliación en los diversos lugares de vida o de misión. De esta manera aprendemos progresivamente a rehusar la lógica del enfrentamiento y a apostar por la capacidad de todos para abrirse a la belleza del evangelio. Eso nos va a permitir sorprendernos ante la belleza y la generosidad donde menos la esperamos, a descubrir nuevos hermanos a amar allá donde sólo veamos a niños o jóvenes revoltosos y perezosos que sólo merecen ser castigados. Una experiencia semejante, ensancha nuestra capacidad de amar sin condiciones, de ofrecer nuestra amistad sin exigir nada a cambio y de tender la mano sin calcular riesgos.

En el ejercicio de su ministerio de dulzura,⁴¹ Juan María de la Mennais propone a los Hermanos, dos métodos útiles para adquirir *“esta santa virtud”*: *“La unión con Dios y la renuncia a uno mismo”*.⁴² Para él, sólo el Señor es capaz de enseñarnos a ser humildes y dulces a ejemplo suyo. Para ello nos invita *“perdernos en Dios”* a dejar *“que Él nos conduzca hasta en las cosas más pequeñas”*, a *“andar en su luz”* y a *“adoptar la santa y bendita costumbre”* de verle en todo. Así aprenderemos progresivamente a anonadarnos y morir a nuestra propia voluntad.

Sin este doble aprendizaje echaremos mano, más de la dureza que de la dulzura tanto en donde vivimos como en nuestra misión. Regañaremos a nuestros alumnos y les castigaremos demasiado. Ellos se irritarán contra nosotros se agriarán sus caracteres. Así, se convertirán en verdaderos lobos en el trabajo, en casa y en sus relaciones personales. Sin embargo, cada vez que optamos por la dulzura en lugar de por la violencia, por la sencillez más que por lo complicado, por la acogida, más que por la exclusión, anunciamos a los niños, a los jóvenes y a los miembros de la Familia Menesiana, el evangelio de la fraternidad *“como “corderos en medio de lobos”*. Esa es una buena pedagogía para no terminar de romper *“la caña cascada y para no apagar la mecha que aun humea.”* y *“hacer el menor daño posible a quien*

⁴⁰ Papa Francisco, *«C'est la confiance»*, nº 17.

⁴¹ Juan María de la Mennais, CG V, 530.

⁴² Juan María de la Mennais, CG I, 141.

más nos han herido".⁴³ Ésa es la herencia que nos dejó el Hno. Hyacinthe Fichoux y que le valió el apodo cariñoso de "el santo de Basse-Terre." Sólo la credibilidad adquirida por la pedagogía de la dulzura permite una educación a la fraternidad por ósmosis, por atracción, por admiración y por contagio. Juan María de la Mennais no quiere decir otra cosa cuando da este consejo al Hno. Liguori-Marie-Langlumé, el 8 de octubre de 1845: "*Con los niños, ¡trata de ser bueno, paciente y cariñoso! ... ¡Corregirás mejor los defectos de tus niños haciéndote querer que haciéndote temer!*"⁴⁴. La dulzura, la paciencia y la bondad constituyen pues las tres bienaventuranzas del educador menesiano. Felices de nosotros si somos pacientes, porque aprenderemos a andar al ritmo de los niños y de los jóvenes. Felices de nosotros si somos dulces porque les ayudaremos a llevar la carga del aprendizaje. Felices de nosotros si somos buenos porque seremos la fuente de su motivación y de su compromiso.

San José nos puede acompañar por el camino de la dulzura, de la paciencia y de la bondad. "*En casa de este hombre, jamás se vio ningún rasgo de frustración*" nos recuerda el Papa Francisco, "*sólo había confianza. Su persistente silencio no contenía quejas sino, siempre, gestos de confianza*".⁴⁵ El mundo de hoy, tiene, mucha necesidad de educadores que lleven a sus alumnos hacia el Padre, que sabe "*hacer salir el sol sobre malos y buenos y deja caer su lluvia sobre justos y sobre pecadores*" (Mt 5, 45). La Congregación ha animado a sus miembros tomar a san José como modelo en su misión de educación.

En conclusión, como muy bien dice el papa Francisco: "*La dulzura es capaz de vencer al corazón, de salvar amistades y de mucho más. No hay tierra más bella que el corazón del otro, no existe territorio más bonito para conquistar que volver a encontrar la paz con un hermano. ¡Ésa es la tierra que se nos da como heredad!*".⁴⁶

3- ¡Paz a esta casa!

"Cuando entréis en una casa, saludad primero diciendo: 'Paz a esta casa'. Si en ella hay gente de paz, vuestro deseo de paz se cumplirá; si no, no se cumplirá. Y quedaos en la misma casa,

⁴³ Juan María de la Mennais, S I, 85.

⁴⁴ Juan María de la Mennais, Carta al H. Ligouri-Marie, el 8 de octubre de 1845.

⁴⁵ Papa Francisco. Patris corde, nº 7.

⁴⁶ Papa Francisco, Audiencia general, 19 de febrero de 2020.

comiendo y bebiendo lo que tengan, pues el obrero tiene derecho a su salario. No andéis de casa en casa.” (Lc 10, 5-7)

Después de haber visto dos misiones importantes de los discípulos misioneros: *“Ir delante del Señor”* y *“Obrar como ovejas en medio de lobos”* el evangelista Lucas nos ofrece una tercera: *“Ser mensajeros de paz.”*

En la literatura neotestamentaria, el término *“paz”* lo encontramos veinte veces. En cada una de ellas nos remite, con más o menos proximidad, a la persona de Jesús. Prestando la debida atención a los pasajes en concreto, es fácil constatar que Jesús es el Mensajero de la Paz. Primeramente, lo es por su vida y por su persona, En su nacimiento los ángeles cantaron: *“Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”* (Lc 2, 14). Después de la resurrección se presentó a sus discípulos como quien es portador de paz: *“La noche de ese mismo día - el primero de la semana - teniendo las puertas de la casa donde se encontraban cerradas por miedo a los judíos, Jesús vino, se puso en medio de ellos y les dijo: “¡Paz a casa! (Jn 20, 18). Posteriormente la recalca en sus acciones: cada curación se acompaña de una palabra que se repite: “¡Vete en paz!”. Así es como se despide de la pecadora de la casa de Simón: “¡Tu fe te ha salvado! ¡Vete en Paz!” (Lc 7, 50) o con la mujer que le toca el borde su manto: “¡Hija mía, tu fe te ha salvado, vete en Paz!” (Lc 8, 48). Por fin, lo es también por sus enseñanzas: Llama bienaventurados a los artífices de la Paz (Mt 5, 9) y les confía esta misma misión a sus discípulos (Lc 10, 5-6).*

La humildad es la actitud básica del discípulo misionero. Es la condición indispensable para ofrecer la paz, porque la paz no puede imponerse. Implica una acogida libre. Es fruto de la fraternidad. Debe ser acogida como una amiga, con absoluta libertad. Si no, vuelve al dueño, ésa es la consigna que el Maestro les dio a sus mensajeros.

La paz, como una casa, se levanta sobre tres piedras principales: el compartir el pan y el agua, la cercanía que da seguridad y la capacidad de establecernos en casa de otro.

3.1- Compartir el pan y el agua

“Y quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, pues el obrero tiene derecho a su salario” (Lc 10, 7). Compartir el pan es uno de los gestos más significativos. En la mesa, las defensas y las máscaras se caen, los corazones se abren y nace la confianza. Comer y beber juntos, alimenta, no sólo el cuerpo, también los lazos de amistad. Una comunidad o una familia en la que los miembros no comen ya juntos se resquebraja.

Pero, cuando nos sentamos a la misma mesa, reconocemos, con ello, que nos necesitamos los unos a otros. Es una buena ocasión también para escucharnos, para reconciliarnos —cuando haga falta—, para compartir lo que somos y lo que tenemos.

Sentarnos a la mesa para compartir el pan de la escucha y del agua de la amistad nos lleva inevitablemente a una auténtica relación de igualdad y de fraternidad. Eso es ser mensajeros de paz en nuestros diferentes lugares de vida y de misión.

3.2- La cercanía que da seguridad

“Y quedaos en la misma casa, ...” (Lc 10,7). Con esta consigna, Jesús nos invita a acercarnos a quienes nos acogen. Nos pide estar presentes y disponibles para unos y otros. Ya no somos extranjeros, ni gente de paso, sino que, desde ahora, pertenecemos a la única familia de Dios (Ef, 2, 19). Esta proximidad no invade nada, sino que es totalmente respetuosa. Sabe discernir los momentos en los que hay que hablar y aquellos en los que es mejor estar callados, momentos en los que hay algo que hacer y otros en los que es mejor estar solamente presentes y cercanos. Es como una brisa ligera que hace mucho bien a todos, da seguridad cuando es necesario y tranquiliza las tensiones manteniendo viva la llama de la fraternidad.

Aprender a sentarse al lado de alguien que llora, a coger la mano de un enfermo, a dar nuestro tiempo a otro que necesita ser escuchado, ... son oportunidades de cercanía que dan seguridad y que nos convierten en verdaderos mensajeros de paz, a ejemplo de Cristo.

3.3- La capacidad de establecernos en casa de otro.

“No andéis de casa en casa” (Lc 10,7). En un mundo interconectado, en el que las imágenes y las fotografías desfilan a gran velocidad por nuestras pantallas, Jesús nos exhorta a desarrollar nuestra capacidad de vivir en casa de otros. ¿Qué queremos decir con eso? Es un compromiso que exige tiempo. Se necesita tiempo para construir relaciones de confianza y para conocer al otro con sus cualidades y sus defectos. La fidelidad y la aceptación entre unos y otros, se aprende con tiempo.

Aprendiendo a vivir con el otro le ayudamos a cultivar pacientemente su tierra, para que el árbol de su persona produzca frutos de amor, de verdad, de justicia y de paz (Sal 84, 11-12). Para él, los tiempos mesiánicos ya han llegado. Cristo, el Mensajero de Paz, ha montado ya la tienda en su casa.

Hoy, más que nunca, cuando miramos nuestro mundo, con sus múltiples conflictos armados, o nuestra sociedad con todas las formas de violencia de las que nos informan diariamente los medios, *“Dar la paz está en el centro de la misión de los discípulos de Cristo. Y este ofrecimiento está dirigido a todos los hombres y mujeres que esperan la paz en medio de las tragedias y la violencia de la historia humana”*⁴⁷

La Paz, pequeña y frágil flor, reclama cuidados de todos. Exige una conversión de corazón a un triple nivel. Primeramente, todos estamos llamados a trabajar personalmente, para controlar nuestras propias intransigencias, cóleras e impaciencias. Ése es el camino para obtener, según la bella expresión de San Francisco de Sales, *“un poco de dulzura consigo mismo”* que poder compartir con los demás. A continuación, todos estamos invitados a vivir en armonía con el prójimo, con el cercano, con el amigo, con el extranjero, con el pobre y con el que sufre. Por último, todos debemos aprender a cultivar la cercanía a la creación descubriendo de nuevo la grandeza del don de la creación de Dios y nuestra parte de responsabilidad en la gestión de la casa común que es el mundo. Así, cuidar de uno mismo, del otro, y de la creación se convierten en una pedagogía para ser mensajeros de paz en nuestro entorno.

Enseñar a las generaciones a dialogar entre ellas y a construir juntos la paz. *“Dialogar —precisa el papa Francisco— significa escucharse, confrontarse, ponerse de acuerdo y caminar juntos. Fomentar todo esto entre las generaciones significa labrar la dura y estéril tierra del conflicto y la exclusión para cultivar allí las semillas de una paz duradera y compartida”*.⁴⁸ Ahí es donde los jóvenes beberán de la fuente de sabiduría de los mayores, mientras que estos últimos, se pondrán a la escucha de la creatividad y del dinamismo de los jóvenes. ¿Qué habrá más hermoso que los ancianos y los adolescentes dándose la mano para construir un ambiente más fraterno y solidario? Ésa será la gotita de agua que riegue el árbol de la Paz bajo el que todos puedan encontrar la sombra que necesitan para dialogar pacientemente con el otro.

Educar a la fraternidad es un camino que también conduce a la Paz. Eso pasa cuando la escuela o el centro educativo se convierten en esa familia que presta atención, que anima, se preocupa y promete a los jóvenes dialogar. Ésa fue la experiencia de *Juan María de la Mennais* como joven

⁴⁷ Papa Francisco, Mensaje en la jornada mundial de la Paz, 1 de enero 2019.

⁴⁸ Papa Francisco, Mensaje en la jornada mundial de la Paz, 1 de enero 2022.

profesor: *“La unión más íntima reina entre los profesores del colegio de Saint-Malo, se quieren todos unos a otros, se ayudan mutuamente, siguen el mismo método y se sienten animados por el mismo espíritu. Ése perfecto acuerdo es nuestra riqueza más grande,”*⁴⁹ La comunidad educativa de Saint-Malo no trasmitía únicamente saberes sino, sobre todo, un *saber-estar* y un *saber-ser-en-relación* con los colores de la fraternidad. Durante el Capítulo General de 2024, el papa nos repitió una vez más, la importancia de nuestra presencia en las periferias del mundo para que los jóvenes puedan continuar realizando sus sueños, en especial la de vivir en un mundo en paz.

*“Queridos Hermanos, ustedes trabajan en regiones del mundo donde impera la pobreza, el desempleo juvenil y las crisis sociales de todo tipo. Por eso, los exhorto a ser padres para aquellos a quienes son enviados, padres que reflejen el rostro amoroso y compasivo de Dios. En un mundo en constante cambio, ustedes se ponen generosamente al servicio de los jóvenes, atentos a sus aspiraciones y, al mismo tiempo, siempre vueltos a Cristo, regla suprema de sus vidas. Su vocación los impulsa a ir donde otros no van, a las periferias, a las personas que forman la categoría de los rechazados, de los heridos por la vida y de las víctimas. Que su presencia sea fuente de esperanza para muchos. Que en su espíritu de fraternidad y acogida puedan reconocer otro rostro de la humanidad desfigurada por las guerras, la indiferencia y el descarte de los más débiles. Esos niños, esos jóvenes, esas personas también tienen sueños, pero hoy, por tantas razones, son sueños rotos. ¡Que les ayuden a revivir sus sueños, a creer en ellos y a realizarlos!”*⁵⁰

4- Curar a los enfermos.

“Al llegar a un pueblo donde os reciban bien, comed lo que os ofrezcan, sanad a los enfermos del lugar y decidles: ‘El reino de

⁴⁹ Juan María de la Mennais, Carta a Mgr Enoc, Obispo de Rennes, el 7 de enero de 1808.

⁵⁰ Papa Francisco, Mensaje a los miembros del Capítulo General del 22 de abril de 2024.

Dios ya está cerca de vosotros.’ Pero si llegáis a un pueblo y no os reciben, salid a las calles diciendo: ‘¡Hasta el polvo de vuestro pueblo que se ha pegado a nuestros pies nos lo sacudimos en protesta contra vosotros! Pero sabed que el reino de Dios está cerca’” (Lc 10, 8-11).

Curar a los enfermos es la otra misión que Jesús confía a sus discípulos. De hecho, se trata de cumplir un ministerio de misericordia cuyo fin principal es experimentar la bondad y la compasión del Señor respecto a toda la humanidad. Obrando así, los discípulos anuncian con signos concretos la proximidad del Reino de Dios, en especial el reino de la fraternidad donde el sufrimiento encuentra consuelo y las heridas sanación.

En la concepción bíblica, la enfermedad física introduce un desorden en la armonía de la creación, obra de Dios. Afecta, no solamente a la persona, sino también a sus relaciones y a su lugar en la comunidad. A los leprosos se les obliga a vivir fuera de los lugares habitados y dirigirse a las personas sanas desde lejos (Lc 17, 11-17). Semejante exclusión, hería al enfermo y a la fraternidad. Con la enfermedad del espíritu pasa otro tanto. En la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32), el hermano pequeño dilapidó su herencia y rompió todos los lazos familiares. Pero ¿qué hace el padre? Desde que le reconoce, echa a correr, a buscarle, se echa a sus brazos y lo cubre de besos. Este abrazo paterno, es ya una verdadera curación: restaura la dignidad del hijo pequeño y lo vuelve a integrar en la comunión familiar. Ya sea física o espiritual, cualquier curación nos muestra la compasión de Dios para con la humanidad. Ésa misma es la misión que Dios nos ha encomendado.

“El reino de Dios está cerca” (Lc 10, 9). Con esta frase el evangelista Lucas establece un vínculo entre el acto de curación y la llegada del Reino de Dios, en el que cada uno encontrará su lugar y donde nadie será abandonado al borde del camino. Al dar esta misión de curación a los discípulos, Jesús anuncia un cambio radical. Se trastocan todas las categorías. Ya no hay personas sanas o enfermas, ya no hay justos ni pecadores, puros ni impuros. Gozamos todos de la misma dignidad de hijos e hijas de Dios. Con ello, cuando los discípulos curaban enfermedades daban testimonio de que el reino de la fraternidad inclusiva está ya actuando. Anuncian y anticipan la curación definitiva que Dios prepara para toda la humanidad.”

Para el papa Francisco *“... lo que animaba a Jesús en cualquier circunstancia, no era otra cosa que la misericordia con la que Él leía los corazones de sus interlocutores, respondiendo a sus necesidades más profundas”*.⁵¹ Eso le permitía hacer todo por puro amor. El Señor, *“no nos ama con palabras. Se acerca y nos ofrece su amor con toda la ternura posible”*.⁵² Es el mismo camino al que se nos invita, si queremos, a ejemplo suyo, curar a toda enfermedad y todo tipo de sufrimiento.

Cuando practicamos el perdón mutuo, fruto del amor gratuito del Señor, nos hacemos dignos de formar una fraternidad auténtica. Eso transforma nuestro lugar de misión, según la expresión del papa Francisco, en un *‘hospital de campaña’* donde todos somos, a la vez, paciente y doctor. Al vivir esta reciprocidad, el que cuida del otro se cura a sí mismo por el hecho mismo de curar. De este modo, nuestros gestos de misericordia y de curación, constituyen una verdadera catequesis mutua, porque anuncian la proximidad y la compasión de Dios.

Para ejercer este ministerio de curación y de misericordia inherente a la misión de todo discípulo, el papa Benedicto XVI propone a los jesuitas el camino de la contemplación del corazón traspasado de Cristo. En efecto, mirar la herida del corazón del Señor *“que ha tomado nuestras enfermedades y ha asumido nuestros males”* (Mt 8, 17) *nos ayuda a estar más atentos a los sufrimientos y a las necesidades de los demás, nos vuelve fuertes para participar en su obra de liberación, en cuanto instrumentos de difusión de su amor”*.⁵³ En su encíclica *“Dilexit nos”* el papa Francisco recuerda todo un conjunto de santos que han puesto la misericordia en el centro de su espiritualidad y de su apostolado. Cita, entre otros, a Santa Teresa del Niño Jesús, Charles de Foucauld, San Pío Petrelcina, Santa Teresa de Calcuta y San Juan Pablo II. Todos estos testigos han bebido en la contemplación del amor del Sagrado Corazón de Jesús, la fuerza y la energía que necesitaban para aprender a ser misericordiosos, a ejemplo de nuestro Padre de los Cielos, que hace nacer el sol sobre buenos y malos y deja caer la lluvia sobre justos e injustos (Mt 5, 45). ¡Dichosos de nosotros si aceptamos caminar tras las huellas de estos precursores! Ese es el secreto para anunciar el evangelio de la misericordia del Señor a todos aquellos de los que estamos encargados.

⁵¹ Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, nº 8.

⁵² Papa Francisco, *Dilexit nos*, nº 36.

⁵³ Papa Benedicto XVI, Carta al Preósito general de la compañía de Jesús con ocasión del 50º aniversario de la Encíclica *Haurietis aquas*, (15 mai 2006): AAS 98 (2006), 461.

Fiel a la palabra de Dios y a las enseñanzas de la Iglesia, Juan María de la Mennais no cesó de invitar a los Hermanos a ser indulgentes en su apostolado, recordándoles que debían ser misericordiosos para obtener ellos mismos también la misericordia del Señor (Lc 6, 36). Compara sus escuelas con un hospital en el que están llamados a ejercer el ministerio de la curación, en espíritu y en verdad, con paciencia, caridad y celo. Su vocación consiste en ser padres compasivos para con los niños y los jóvenes. Es pedagogía mejor para llenar nuestro ministerio de curación. ¿Es que, no hemos sido *“escogidos, llamados, marcados, nombrados para extender su reino y para ser instrumentos de su misericordia”*?⁵⁴

Ayer, Jesús, envió a sus discípulos a curar enfermos. Hoy nos toca a nosotros, pero, con una condición, la que nos recuerda, muy bien, el papa León XIV, comentando la curación de un sordo que tenía también dificultad para hablar (Mc 7, 32-37):

*“Jesús le ofrece ante todo una proximidad silenciosa, a través de gestos que hablan de un encuentro profundo: toca los oídos y la lengua de este hombre (cf. v. 33b). Jesús no usa muchas palabras, dice lo único que es necesario en este momento: «¡Ábrete!» (v. 34). Marcos reproduce la palabra en arameo, “efatà”, casi para hacernos sentir «en vivo» el sonido y el soplo. Esta palabra, sencilla y hermosa, contiene la invitación que Jesús dirige a este hombre que ha dejado de escuchar y de hablar. Es como si Jesús le dijera: «¡Ábrete a este mundo que te asusta! ¡Ábrete a las relaciones que te han decepcionado! ¡Ábrete a la vida que has renunciado a afrontar!». Cerrarse, de hecho, nunca es una solución”.*⁵⁵

¿No es verdad que la misión de educar que el Señor nos confía sigue siendo bonita? Es la cita que el Señor nos propone para ser ministros de misericordia. ¿Nos atreveremos a responderle? Ése es nuestro camino de vida: sanar enfermos a ejemplo de Jesús.

⁵⁴ Juan María de la Mennais, S II, 522.

⁵⁵ Papa León XIV, Catequesis del 30 de julio de 2025.

CONCLUSIÓN.

Al término de esta reflexión, me gustaría confiar al Señor nuestra vocación y misión a la fraternidad. Sólo Él puede hacer germinar, crecer y florecer lo que nuestras manos han ido sembrando. Sólo Él es capaz de enseñarnos a lavarnos los pies unos a otros. Sólo Él sabe salir a nuestro encuentro en nuestros diferentes caminos de Emaús, para explicarnos las Escrituras y calentar nuestros corazones, para volver a encontrarnos con nuestros hermanos en Jerusalén. Sólo Él es la fuente y la cima de nuestra vida fraterna en comunidad.

¡Señor Jesús! ¡Nuestro Hermano mayor! Te damos gracias por habernos llamado a seguirte por el camino de la fraternidad; por tu vida, tu ejemplo y tus enseñanzas. Tú nos has enseñado que tenemos un mismo Padre y que nosotros somos todos tus hermanos. ¡Sigue intercediendo para que vivamos en la unidad y en la paz!

Tú, que nos haces hermanos y que nos reúnes, enséñanos a compartir lo que somos, lo que hacemos y lo que tenemos. Concédenos la gracia de amarnos con todo el afecto de tu corazón, que espera de nosotros el gesto fraterno que necesitamos para volver a ponernos en pie y continuar avanzando en tu seguimiento.

Virgen María, Madre nuestra, enséñanos, cada día, a convertirnos cada vez más en hermanos de tu Hijo Jesús, siendo así más hermanos de nuestros Hermanos de comunidad y de todos.

¡Dios sólo en el tiempo!

¡Dios sólo en la eternidad!

H. Hervé Zamor, S. G.

A 26 de diciembre de 2025.

En la fiesta de S. Esteban, diácono, protomártir de la Iglesia.